

SS
SERVICIO SECRETO

B&



MUERTE EN EL FICHERO

clark carrados

Cuando uno está sin trabajo, pueden ocurrirle dos cosas: que lo encuentre o que no lo encuentre. Si no lo encuentra, lo más que puede sucederle es ser acusado de vagancia, encerrado unos cuantos días en la cárcel por cuenta del municipio y luego expulsado de la ciudad.

Si encuentra el trabajo, puede suceder que ese trabajo sea honesto, en cuyo caso no pasa nada; que no lo sea, y entonces, la policía empieza a molestarle a uno con preguntas tontas.

Pero también puede ocurrir una posibilidad: que ese trabajo no sea honrado, pero que tampoco no lo sea. La verdad es que no sé cómo explicarme, salvo para decir que cuando uno halla un empleo de la clase última, se expone a verse metido de hoz y coz en una serie de complicaciones tal como para encanecer en veinticuatro horas cuando solo se cuenta un número ligeramente mayor de años.



Clark Carrados

Muerte en el fichero

Bolsilibros - Servicio Secreto - 699

ePub r1.0

Lds 25.10.17

Título original: *Muerte en el fichero*

Clark Carrados, 1963

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando uno está sin trabajo, pueden ocurrirle dos cosas: que lo encuentre o que no lo encuentre. Si no lo encuentra, lo más que puede sucederle es ser acusado de vagancia, encerrado unos cuantos días en la cárcel por cuenta del municipio y luego expulsado da la ciudad.

Si encuentra el trabajo, puede suceder que ese trabajo sea honesto, en cuyo caso no pasa nada; que no lo sea, y entonces, la policía empieza a molestarle a uno con preguntas tontas.

Pero también puede ocurrir una posibilidad: que ese trabajo no sea honrado, pero que tampoco no lo sea. La verdad es que no sé cómo explicarme, salvo para decir que cuando uno halla un empleo de la clase última, se expone a verse metido de hoz y coze en una serie de complicaciones tal como para encanecer en veinticuatro horas cuando solo se cuenta un número ligeramente mayor de años.

Los Ángeles es una ciudad muy grande y tremendamente extensa. No voy a hablar de ella, porque todo el mundo, más o menos, sabe cómo es. La mayor parte de los sucesos que voy a relatar se produjeron en un suburbio residencial, cuyo nombre, así como el de sus calles y avenidas y el de sus protagonistas, algunos de ellos, claro está, voy a disfrazar en esta narración a fin de evitarme líos innecesarios cuando estas líneas salgan a la luz pública. Así pues, en lugar de hablar de Burbank, Alhambra, Pasadena, Glendale u otra aglomeración por el estilo, vamos a inventarnos un apéndice de Los Ángeles, al cual llamaremos Santa Benita y que, como digo, podría muy bien ser cualquiera de los citados. Y hecha pues, esta necesaria digresión, pasemos al meollo del asunto.

Acabo de citar el detalle de que estaba sin trabajo. Olvidemos las causas y digamos que en el momento de comenzar mi relato, todo mi capital consistía en seis o siete monedas de diez centavos y un traje en muy buen estado, ésa es la verdad, aparte de un tipo masculino que, vamos, provoca más de una y de dos miradas femeninas. Pero con sólo unos hombros anchos y una cara agradable no se puede vivir en este mundo, a menos que el propietario de tales dones físicos posea la moral de un caimán, cosa que por ahora y afortunadamente, no me sucede a mí todavía.

El caso es que estaba, como digo, con setenta centavos en el bolsillo, en la esquina de La Brea y Wilshire, todavía en Los Ángeles, situado frente a un bar y especulando con la posibilidad de gastarme una de aquellas preciosas monedas en una modesta taza de café. Eran las diez y media de la mañana, a las ocho había hecho mi última comida sustanciosa, y calculaba que podría tirar hasta las cinco o las seis de la tarde sin sentir demasiado los agujonazos del hambre. Era lo que pasaría después lo que empezaba a preocuparme, la verdad.

Estuve así un buen rato, sin darme cuenta de que alguien me observaba. Por fin, cuando tras largos cálculos, había decidido tomarme la taza de café, en el momento que abandonaba el farol que había estado sosteniendo con los hombros, escuché una voz femenina a un paso de distancia.

—¿Fuego, por favor, caballero?

Volví la cara. Tratábase de una mujer ya cincuentona, de mediana estatura y carnes abundantes, sujetas por una infinidad de fajas de todos los tamaños y presiones. Era estrepitosamente rubia y se pintaba más que un payaso para salir a la pista del circo. Su ropaje era lujoso, aunque inadecuado para su edad. Pero en Los Ángeles se ven tipos aún más estrafalarios y ella, dentro de su estruendo indumentario y decorativo, era de lo más normal que se pasea por dicha ciudad.

Hurgué en mis bolsillos y extraje una tira de fósforos. Encendí uno y apliqué la llama al extremo del cigarrillo. Ella aspiró el humo y luego me miró a través de unas pestañas densamente untadas de negro.

—¿Le molestará que le diga que hace un ratito que le vengo observando, caballero? —dijo, sonriendo amablemente.

Hice un gesto ambiguo.

—¿Por qué iba a molestarme, señora? No tengo na da que ocultar, la verdad.

—Es cierto. Sin embargo, si me lo permite... Por favor —hizo un mohín como de disculpa—, no se enfade. Soy observadora y casi aseguraría que está usted sin trabajo. ¿Cierto?

—Pues tampoco tengo por qué ocultarlo, señora... Perdón, mi nombre es Holter, Lee Holter.

—Soy la señora Watsum, señor Holter. Yo podría ofrecerle a usted un trabajo bien remunerado. Oh, por supuesto, nada ilegal, claro está. Se trata de un trabaja fácil, que puede realizar cualquier hombre joven y más si, como usted, tiene un aspecto físico no ciertamente desagradable. ¿Le interesa, señor Holter?

—Si es como dice usted, ¿por qué no? ¿De qué se trata?

Ella abrió un monumental bolso que traía en la mano y extrajo una tarjeta y un lápiz.

—Escriba usted mismo, por favor —dijo, entregándome ambas cosas—. Señora Glenda Dahoe, Bulevar de la Costa, 1837, Santa Benita. Supongo que sabe usted dónde está Santa Benita.

—Oh, sí, claro, desde luego. —Le devolví el lápiz—. Y, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Vaya a ver a Glenda... bien, a la señora Dahoe. Es muy amiga mía. Dígale que va en mi nombre, de parte de Ann Watsum. Ella le dará un trabajo fácil, agradable y no mal remunerado.

Miré especulativamente la tarjeta. Salvo lo que ya había escrito, se trataba de una simple cartulina rectangular en blanco.

Vacilé un instante.

—Puede que la señora Dahoe no esté en casa ahora —sugerí.

—Oh, sí, sale muy poco, se lo aseguro. Vaya usted, mientras tanto, yo la telefonearé para prevenirla de su llegada. El autobús para Santa Benita se detiene en esta misma esquina...

Ann Watsum se dio cuenta de mi gesto de consternación y sonrió comprensivamente.

—Entiendo —murmuró. Metió mano en su bolsillo y, discretamente, me entregó un paquete de tabaco, junto con un par de billetes doblados y adosados al mismo—. Para el billete del

autobús —dijo.

—No sé cómo voy a poder pagarle este favor, señora Watsum — manifesté, agradecido.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Bah, olvídelo, Lee. No le importa que le llame por el nombre, ¿verdad? A Glenda y a mí nos gusta ayudar a los jóvenes honrados y emprendedores, como lo es usted sin duda alguna. Ah, mire, ahí viene el autobús. Buen viaje, Lee.

El autobús se detuvo junto a la acera con leve chirriar de frenos. Aturdido y sin comprender aún del todo lo que me estaba pasando, entré en el vehículo.

Pagué el billete y busqué un asiento. Saqué un cigarrillo de los que me había dado Ann Watsum y luego miré los billetes.

Lancé un tenue silbido. Cada uno de aquellos papeles valía veinte dólares. Bien, al menos no se podía decir que la señora Watsum no era generosa con los jóvenes honrados y emprendedores, como ella misma acababa de manifestar.

Un tanto preocupado, aunque bastante satisfecho por la solución de mis problemas económicos, me dejé llevar hacia Santa Benita, no sin preguntarme en más de una ocasión qué clase de trabajo pensaba encomendarme la señora Dahoe. Esto no me impidió reparar en el peculiar, aunque apenas perceptible, sabor dulzón del humo del cigarrillo que fumaba en aquellos momentos.

Una hora más tarde, me detenía en el número 1837 del Bulevar de la Costa, en Santa Benita.

CAPÍTULO II

La casa donde residía la señora Dahoe respiraba lujo por los cuatro costados. Un fabuloso jardín, con naranjos y limoneros, además de dos docenas de frondosas palmeras, aparte de un rincón con altos cipreses, envolvían el edificio de estilo pretendidamente español, con tejas rojas y paredes encaladas, género de construcción que, por otra parte, abunda extraordinariamente en California. Me extrañó, sin embargo, que no hubiera piscina de natación en el jardín; aditamento por otra parte, consustancial con toda construcción de persona adinerada en la zona de Los Ángeles. Pero si hay alguna parte del globo donde residan más caprichosos y extravagantes por kilómetro cuadrado que en otra región del mundo es ésta, precisamente, la zona de Los Ángeles y suburbios, el paraíso de las sectas religiosas, de los embaucadores, timadores y estafadores de toda laya, de las adivinatoras, echadoras de cartas y toda clase de profetisas, además de un sinnúmero de cosas que harían esta relación interminable. Quizá la señora Dahoe era *tan* rica que tenía la piscina cubierta en una comarca donde el invierno es prácticamente desconocido.

El recinto del jardín estaba envuelto por una tapia ver jada, con una puerta de hierros artísticos, cerrada en aquellos momentos. Busqué el llamador y lo empujé a fondo.

Un momento después, de la columna en que se apoyaba una de las hojas de la verja brotaba una voz.

—¿Quién es? ¿Qué desea? —El tono de la voz indicaba, de manera inequívoca, que pertenecía a una sirvienta negra.

Había un micrófono empotrado en la columna de falsa piedra de granito. Acerqué los labios y dije:

—Soy el señor Holter y deseo ver a la señora Dahoe. Vengo en

nombre de Ann Watsum.

—Espere un momento, por favor, señor Holter.

Saqué un cigarrillo y me lo puse en la boca, mientras aguardaba. De nuevo volví a percibir aquel ligero saborcillo dulzón, que producía unos extraños efectos enervantes cuando se concluía el cigarrillo. Pero no presté mayor atención al detalle por el momento.

La voz de la sirvienta negra volvió a sonar.

—Pase usted, señor Holter. La señora le espera.

Un interruptor eléctrico fue manejado desde la casa y la puerta se abrió automáticamente. Crucé el umbral y avancé a través de un caminito enarenado, de la suficiente amplitud para permitir el paso de un automóvil. Al cabo de unos cuarenta o cincuenta metros, llegué a la entrada de la casa, situada bajo un pórtico de arcos semicirculares.

El edificio constaba de planta y piso. Las ventanas de la planta baja estaban protegidas por unas rejas de hierro de forja, también al estilo español. Era una mansión bonita, palabra.

La sirvienta negra me esperaba ya en la puerta. Me extrañó verla sin la cofia y el delantal blancos y sí en traje de salida, con bolso de piel en el brazo izquierdo.

—La señora le espera en el salón, señor Holter —me dijo. Innecesariamente, añadió—: Hoy es mi día de fiesta. Adiós.

—Adiós —contesté maquinalmente.

Crucé la cancela y penetró en un vestíbulo sumido en la penumbra. El suelo era de brillante madera encerada. Vi una puerta entreabierta a mi derecha y me dirigí hacia ella.

Entré en el salón, protegido de la radiante luz del mediodía por unas persianas que dosificaban hábilmente el brillo solar. Una mujer Sé incorporó al verme entrar.

Tenía unos cuarenta y cinco años y, más o menos, era de la estatura de Ann Watsum. Su pelo era rojo brillante y estaba muy pintada. Vestía un ajustadísimo traje de seda verde, que amenazaba reventar por todas sus juntas, de gran escote y manga corta. La mujer luchaba con todas sus fuerzas por evitar los avances de la obesidad, pero era evidente que estaba siendo derrotada día a día. Tan sólo diez años atrás debía haber poseído una gran figura; ahora, la grasa se le desbordaba por todas partes.

No era de facciones muy agradables. Cuando tuvo buen tipo,

esto debió haberla salvado. Ahora, que engordaba casi como quien dice a ojos vista, resultaba más bien desagradable, sobre todo por el desastroso empleo que hacía de los afeites de tocador: exceso de pintura en ojos y labios, demasiado lápiz marrón rojizo en las cejas y abundancia de crema facial y polvos en unas mejillas que ya empezaban a colgar. Pese a todos sus esfuerzos, no había manera de destruir la doble papada de su mandíbula. Eso sí, llevaba en torno a su gruesa y corta garganta un collar de perlas que valía una fortuna, y en los brazos y dedos varias pulseras y anillos, cuyas piedras preciosas despedían chispazos mareantes. Indiscutiblemente, Glenda Dahoe era muy muy rica.

Hizo un esfuerzo para separar los labios, que se le habían pegado seguramente, a causa del exceso de lápiz labial, y sonrió, mientras me alargaba una mano regordeta y fofa:

—¿Qué tal, señor Holter? Bien venido a mí casa.

—Celebro mucho conocerla, señora Dahoe —contesté urbanamente. Flotaba en el ambiente un perfume denso, enervante, muy parecido al del humo que despedían los cigarrillos que había fumado antes.

—Ann me ha explicado sus problemas, es decir, parte de ellos, señor Holter —dijo la mujer, sin dejar de sonreír—. Pero, siéntese, por favor. Le prepararé algo para beber mientras hablamos. ¿Qué prefiere?

Tomé asiento en un diván en el que casi me hundí hasta el cuello de tan mullido que era.

—Lo dejo a su elección, señora —contesté. Todavía no me sentía capaz de imaginarme qué clase de trabajo iba a ofrecerme aquella prójima.

—Muy bien. —Ella sonrió de un modo singular, cuyo significado no alcancé a comprender—. Le prepararé una bebida de mi invención. Es exquisita, se lo garantizo.

Se acercó a un barcito próximo, con gran contoneo de caderas, difícilmente contenidas por una faja que debía ser ultrarresistente, y manipuló unos momentos con unas botellas y los vasos. Al cabo de un minuto regresó junto a mí, con dos vasos, casi llenos de un líquido verdoso y transparente, en el que flotaban unos dados de hielo.

Me entregó el vaso, inclinándose hacia mí de modo que

pretendía ser sugestiva, a fin de que pudiera admirar unos encantos que ya habían empezado a marchitarse tiempo atrás. Luego se sentó a mi lado y aunque la estrechísima falda se le subió por encima de las rodillas no hizo el menor ademán por bajársela.

Empecé a sentirme incómodo. Aunque era evidente que la mansión estaba dotada de un costoso sistema de acondicionamiento, notaba demasiado calor. Sólo por cortesía no me aflojé el cuello de la camisa.

—Ann es muy buena amiga —dijo ella, después de los primeros sorbos—. A ella y a mí nos gusta ayudar a los jóvenes honrados y emprendedores. Pero, beba, por favor; no se esté ahí parado con el vaso en la mano.

La bebida parecía inofensiva. Sin embargo, cuando llegó al estómago el primer trago, me pareció que una mula loca me había apoyado allí de golpe las dos patas traseras.

Glenda Dahoe soltó una risita.

—Es buena, ¿verdad, Lee? ¿No le importa si le llamo por su nombre?

—E... en absoluto, señora... Dahoe —dije, tratando de recobrar el aliento.

Ella me ofreció un cigarrillo a continuación, encendiéndomelo con un costoso mechero de oro y diamantes. El cigarrillo tenía el mismo sabor dulzón que los del paquete que me había ofrecido Ann Watsum.

Empecé a sentir cierto despego por las cosas terrenas. Noté que la decoración sufría unas curiosas deformaciones. Me noté ligero, ingrátido, lleno de euforia. Tan optimista me sentía, que volví a tomarme otro trago de aquella bebida. Esta vez, el golpe fue mucho más suave.

—¿Y bien? —dije, después de un fuerte hipido—. ¿Qué hay del trabajo que me iba a encomendar usted, señora Dahoe?

—El trabajo puede esperar, Lee —contestó ella con voz susurrante—. Por favor, llámeme Glenda. Estamos entre amigos, ¿no?

—Claro, claro —exclamé, viendo todo de color de rosa—. Somos muy buenos amigos, Glenda. De todas formas, me gustaría conocer el trabajo...

Ella fingió no haberme escuchado. Palpó los músculos de mi

brazo derecho con aire de experta.

—Tan fuerte —suspiró, dilatando el vasto pecho de manera increíble—. Y tan apuesto... Lee, estoy segura de que usted y yo nos vamos a entender muy bien.

Tomé el último trago de aquel infernal brebaje.

—Por supuesto, Glenda. Yo soy siempre un chico muy disciplinado y acato si... sin discusión las órdenes de mi jefe, cuando lo tengo, claro está.

—Ahora tu jefe soy yo, Lee —susurró ella. De repente me di cuenta de que entre su cuerpo y el mío no cabía un papel de fumar. Su mano continuaba palpando mis bíceps—. Sí, tu jefe soy yo, Lee.

Se inclinó hacia mí, contemplándome con un singular brillo en los ojos. Trataba de hacer ostentación de sus mantecosos encantos torácicos mientras seguía dirigiéndome una serie de miradas que me hacían sentir incómodo y desasosegado, pese a la euforia del alcohol.

—Eh... bueno, ¿qué... qué es lo que tengo que hacer, Glenda?

—¿Hacer? Oh, no corre ninguna prisa, Lee. Aquí estamos conversando como buenos amigos... porque tú y yo vamos a ser buenos amigos, muy buenos amigos, ¿no es cierto, Lee?

Su voz era suavemente insidiosa, llena de un enigmático veneno, de una morbosa atracción que me fascinaba y repelía a un tiempo. De repente se inclinó aún más hacia mí, rozándome el rostro casi con sus labios. Su aliento, fuertemente perfumado, ardía.

—¿No es verdad que seremos muy buenos amigos, Lee? —insistió.

Y, de repente, lo comprendí todo. No digo que mi enturbiada mente se despejó del todo, pero sí lo suficiente para averiguar de golpe en qué consistía el trabajo que me iba a facilitar aquella vieja gorda y enjoyada.

Sentí náuseas. Glenda Dahoe se mostraba cada Tez más descaradamente insinuante. Mientras hablaba, hablaba y hablaba, yo empecé a buscar la forma de escapar de aquella encerrona. La lástima era no tener a Ann Watsum al alcance de la mano para cantarle cuatro verdades. ¿Por quién me había tomado aquella pájara?

—Lee, te estoy hablando —dijo ella de pronto, ligeramente enfadada.

—En aquel momento, con gran alivio mío, sonó el teléfono en una habitación vecina.

Glenda hizo un gesto de enojo.

—Oh, qué inoportunos —dijo. Trató de olvidar el aparato, pero el timbre continuaba insistiendo—. ¡Malditos! —rezongó entre dientes.

Se puso en pie y movió a la vez las caderas y las manos, tratando de ajustarse la faja por centésima vez. Luego me dirigió una explosiva sonrisa, cargada de pasión.

—Espera un momento, Lee. Sólo un momentito, por favor.

Se alejó, caminando ridículamente, con la pretensión de imitar los andares de una jovencita, pero en realidad, sin conseguir otra cosa que inspirarme asco y compasión a la vez. Era una mujer rica, que había dejado ya detrás la juventud y la belleza y que, basada en la inmensa fortuna que debía poseer sin duda, pretendía conservarlas a todo trance. Ayudada, claro está, por una prójima sin escrúpulos como lo era Ann Watsum.

Sentí una sed horrible. Me acerqué al bar, llené un vaso de soda, agregándole unos cubitos de hielo. Bebí largamente, tratando de atenuar los explosivos efectos combinados de la bebida y de los malditos cigarrillos. Mientras calmaba la sed, empecé a buscar un medio de largarme de allí sin pecar de demasiado descortés; francamente, el papelito que una y otra querían hacerme desempeñar, no me agradaba en absoluto. Ya sé que hay tipos para todo, pero mi estómago, en según qué cuestiones, era muy delicado.

Fui a encender un pitillo, pero me contuve. Aquel tabaco me hacía ver las cosas de una manera que no me agradaba en absoluto. Maldiciendo mi mala suerte, permanecí un rato apoyado en el mostrador, irresoluto y sin saber qué resolución adoptar.

El silencio era absoluto. Sólo se escuchaba el tenuísimo zumbido de los acondicionadores de la atmósfera. De pronto me pareció escuchar algunos ruidos raros, un ahogado gemido, el golpe de un cuerpo que cae al suelo..., pero en modo alguno habría podido jurar que se habían producido tales sonidos. Daba la sensación de que habían Ocurrido en otra casa distinta, no en la de Glenda Dahoe.

El tiempo empezó a pasar. Me puse nervioso y di unos cuantos paseos por la estancia. No quería, marcharme sin decir adiós a la dueña de la mansión, pero, al mismo tiempo, estaba cada vez más

impaciente. Pese al sistema de renovación del ambiente, ansiaba respirar el aire puro de la calle.

Consulté el reloj. Hacía ya un cuarto de hora que Glenda había desaparecido y no daba señales de vida. La casa se hallaba sumida en un silencio sepulcral.

Una vez me pareció que se abría una puerta y esperé que fuera ella la que volviese. Pero Glenda no compareció. De nuevo volví a tomar otro trago de soda helada. Los efectos de la bebida y del tabaco desaparecían lentamente.

De pronto me pareció oír mi nombre.

Atiesé mi cuerpo. La llamada se repitió. Ahora ya no me cabía la menor duda.

Salí rápidamente de la estancia y me asomé al vestíbulo, en donde permanecí irresoluto durante unos instantes. Escuché con toda atención.

—Lee...

La voz de Glenda Dahoe sonaba débil, desfalleciente. Pensé si se trataría de una encerrona de la prójima y estuve tentado de echar a correr sin más. Pero acuciado por la curiosidad, miré en las dos habitaciones que daban al vestíbulo, sin encontrar el menor rastro de la dueña de la casa.

Adosada a la derecha de la entrada había una escalera que conducía al piso superior. La llamada se repitió una vez más. Empecé a subir las escaleras.

El súbito repiqueteo de unos tacones femeninos, molidos a toda prisa, llegó a mis oídos. Volví la cabeza, en el preciso instante en que una mujer franqueaba el vestíbulo y salía al jardín a todo correr.

Apenas pude ver nada de la mujer, excepto que vestía un traje estampado en rojo y negro, que parecía muy esbelta y que su cabello semejaba un casco de bronce. Instantes después, escuché el rugir de un automóvil que se alejaba a toda velocidad.

Fruncí el ceño. La cosa empezaba a gustarme cada vez menos. Demasiados misterios, demasiada atmósfera enervante, demasiada truculencia, en fin, a mi juicio, sólo para darme un «empleo» de esos que hacen sonrojar a un hombre joven y de sentimientos normales.

Terminé de subir la escalera y me detuve en el rellano superior.

Vacilé unos momentos, hasta que vi una puerta entreabierta. La empujé y entonces vi a Glenda Dahoe tendida en el suelo.

La parte superior de su vestido de seda verde estaba teñida de rojo.

CAPÍTULO III

Glenda Dahoe conservaba aún un hálito de vida.

Su rostro, con la inminencia de la muerte, presentaba un aspecto grotesco y horripilante a un mismo tiempo. Bajo la espesa capa de maquillaje que lo cubría, su epidermis aparecía lívida, exangüe.

Me arrodillé a su lado. Sus ojos me contemplaron con inenarrable patetismo. Tenía una de las manos cruzadas sobre el pecho, en donde pude apreciar el inconfundible orificio de una herida causada por un instrumento punzante, con toda seguridad un puñal de estrecha y afilada hoja. El puñal estaba a unos pasos más allá.

Los labios de Glenda se entreabrieron, mientras me miraba con patética expresión de súplica.

—¿Quién ha sido? —pregunté.

Glenda se esforzó por hablar.

—Ann... sabe...

El esfuerzo le arrebató las pocas fuerzas que aún le quedaban: Dobló la cabeza a un lado bruscamente y murió.

Venciendo mi repugnancia, toqué su carótida. El corazón había dejado de latir.

Lentamente, me puse en pie, dándome cuenta de que me había metido en un lío de los buenos. Glenda Dahoe era, bien, había sido inmensamente rica, en tanto que yo no era otra cosa que un sujeto sin oficio ni beneficio, un tipo, aparentemente, explotador de mujeres ricas y ociosas, como abundan tantos en la zona de Los Ángeles. La policía mira muy mal a esta clase de sujetos y si me echaba el guante, no lo iba a pasar muy bien, ciertamente.

Me puse en pie poco a poco. Entonces reparé en un detalle estremecedor: Glenda Dahoe había sido despojada de todas sus

joyas.

Estaba en su dormitorio, una pieza de un lujo oriental, si bien ya un poco pasado de moda. Estimé que la decoración era recargada, aunque habiendo conocido a Glenda, encajaba perfectamente con su modo de ser.

El tocador estaba también muy adornado. Vi un montón de frascos y tarros con productos de belleza, desparramados de cualquier forma, incluso algunos de ellos caídos en el suelo. Había también un joyero, una cajita de forma oval, de unos veinticinco centímetros de largo máximo, en laca negra con dibujos japoneses, forrada de terciopelo rojo. Era evidente que había contenido parte de las joyas de la muerta, pero, en el momento actual, estaba total y desoladoramente vacía.

Empecé a meditar en la conveniencia de largarme de allí a toda velocidad. De pronto reparé en un pequeño detalle.

Tratábase de un fragmento de cartulina, muy semejante a la que Ann Watsum me había entregado, una esquina tan sólo, pero en la cual pude ver una inscripción impresa:

EN-3

— 600.

La inscripción, evidentemente, correspondía a un número de teléfono. Guardé en el bolsillo de la chaqueta el fragmento de cartulina. Estaba cometiendo un delito al ocultar pruebas que podían servir para el esclarecimiento de un crimen, pero es que, de repente, me había entrado una morbosa curiosidad por saber quién había sido el autor de la muerte de Glenda.

Por supuesto y salvo el pomo de la puerta del dormitorio no había tocado nada al entrar. Limpió cuidadosamente mis posibles huellas y tras dirigir una última mirada a la muerta, descendí cautelosamente al piso bajo.

En el saloncito limpié igualmente los vasos y, en fin, todo aquello que podía haber tocado mientras charlaba con la dueña de la casa. Después, salí al vestíbulo y, usando siempre un pañuelo como garantía contra posibles huellas digitales, salí al jardín.

Aquello se estaba convirtiendo en un tremendo misterio. Por supuesto, Ann Watsum no había sido la autora de la muerte de Glenda, ya que la mujer que había visto escapar no se parecía en nada a la primera. ¿Acaso era la dueña del teléfono número

De todas formas, las últimas palabras de Glenda habían sido pronunciadas de una manera inconfundible. «Ann... sabe...». Por lo tanto, lo primero que tenía que hacer, antes que iniciar cualquier otra actuación, era ver a Ann Watsum.

Ahora bien, ¿dónde vivía Ann Watsum? ¿Cómo averiguarlo? Posiblemente lo habría conseguido investigando pacientemente en la mansión, pero no tenía tiempo que perder. Cuanto antes me marchase de allí, mejor para mí.

Al salir al jardín vi el garaje. Bueno, si me iban a acusar de homicidio, el robo de un coche no empeoraría ya nada mi situación. De modo que un momento más tarde entraba en el garaje, en donde había guardados dos coches, uno de ellos un deslumbrante «Cadillac» en blanco y oro, que habría hecho la felicidad de un jeque del desierto arábigo, bajo cuya tienda acabase de brotar un chorro de petróleo. El otro era mucho más discreto, un sedán gris y negro de cuatro puertas, «Chevrolet» 61. Debía ser el que usaba la criada negra para ir a la compra.

En Santa Benita y, por supuesto no digamos en Los Ángeles, ir sin coche es motivo de sospecha para la policía, así que agarré el «Chevrolet» y sin más lo puse en marcha. Llegué a la verja, que estaba abierta de par en par y, después de haber sacado el vehículo, la cerré con toda tranquilidad. Hecho esto, conduje el coche por el Bulevar de la Costa en dirección opuesta a la que había traído, hasta que divisé una cafetería.

Detuve el coche a unos quince o veinte metros del establecimiento; no quería exponerme al riesgo de que el barman reconociese el vehículo y me pusiera en un aprieto. Las calles en Santa Benita son amplias, tremendamente anchas, lo mismo que las aceras, y la distancia entre manzana y manzana es doble de la de cualquier otra. No es población de comercio, sino residencial y por ello las tiendas son más bien escasas.

Entré en la cafetería y me dirigí rectamente a la cabina de teléfonos. Busqué la guía y empecé a hojearla, hasta dar con el apellido Watsum. No debía ser muy frecuente, porque sólo vi un teléfono con dicho apellido: el

— 600. Estuve tentado de usar el teléfono, pero supe contenerme; había cosas que sólo podían expresarse de viva voz.

No tenía demasiada prisa, así que tomé un café para terminar de despejar mi mente, embotada por el maldito licor y los cigarrillos. Cuando quise encender uno, vi que sólo disponía del paquete que me había entregado la Watsum. Ni en sueños pensaba fumar un cigarrillo más de aquel condenado paquete, así que en cuanto hube pagado el café, me dirigí a la dispensadora automática y eché por la ranura dos monedas de diez centavos. La máquina arrojó un paquete de cigarrillos, con una moneda de dos centavos como vuelta, adherida al mismo. Rasgué la envoltura, me puse un pitillo en la boca y aspiré el humo a pleno pulmón. Aquél sí era tabaco, demonios.

Según la guía, Ann Watsum vivía en la Avenida Eppington, 755. Salí a la calle, monté en el coche y tomé a la derecha por la primera travesía que me salió al paso. Quince minutos más tarde, me detenía en las inmediaciones del objetivo.

Estudí el edificio. Tratábase de una construcción de nueve pisos, una de las pocas de Santa Benita destinadas al comercio y viviendas. Tenía todas las trazas de haber sido levantado recientemente y su apariencia correspondía a la última moda en arquitectura: cristal y cemento.

Descendí del coche y crucé la acera. El vestíbulo era lujoso y a la derecha había una serie de diminutos rótulos, indicadores de las ocupaciones a que se dedicaban los dueños de los nombres que había allí impresos. Uno de ellos se grabó particularmente en mi imaginación; debía ser, quizá, por las circunstancias en que ahora me veía envuelto. *D. Ossobaw, Agencia de Detectives*. Pasé de largo y me dirigí rectamente hacia la recepción.

—¿La señora Watsum? —pregunté.

El conserje, un sujeto de aire escéptico, me miró con expresión entre irónica y conmisericordiosa.

—Octava planta, letra D —dijo.

—Gracias.

El ascensor era automático, lo cual significa que se lo manejaba uno, al llegar al octavo piso salí al corredor y busqué la letra D. Antes vi la B; se hallaba casi enfrente y sobre la puerta tenía el rótulo de la agencia Ossobaw.

Llegué al apartamento de la Watsum y pulsé el zumbador. Nadie contestó a mis llamadas. Insistí, pero el silencio continuó.

Un poco extrañado, me decidí a probar. La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que pude abrirla con facilidad mediante una media vuelta del pomo. Penetré en el apartamento y cerré a mis espaldas, a la vez que alzaba la voz para llamar a la dueña del mismo.

—¡Señora Watsum!

Nadie me contestó. Olfateé el aire; estaba impregnado de un aroma dulzón y enervante, que me recordó en el acto el que había percibido en casa de Glenda Dahoe. ¿Qué endiablada sustancia contenían aquellos cigarrillos?

El apartamento estaba montado con elegancia y buen gusto. Crucé el vestíbulo sin ver a nadie y entré en una habitación que tenía todo el aspecto de un despacho comercial. Había un enorme ventanal, con persianas graduables, las cuales cerraban la luz casi por completo en aquellos instantes, y junto al mismo una enorme mesa de diseño ultramoderno.

A la izquierda de la mesa divisé un pequeño archivador de cuatro cajones, uno de los cuales faltaba en aquellos momentos. Debajo de la mesa vi asomar unos zapatos femeninos.

El silencio era absoluto. Di la vuelta a la masa. Ann Watsum estaba allí. Muerta.

No había sido en vida una mujer agradable de contemplar y la muerte que había padecido no había contribuido, en modo alguno, a embellecer sus facciones. El cordón de seda que tenía en torno a su cuello, tan fuertemente apretado que en algunos sitios estaba casi literalmente incrustado en la carne, había hecho adoptar a las facciones de la muerta una expresión realmente horrible.

Las manos de Ann Watsum estaban cerca de su cuello, como si en los últimos momentos de su agonía hubiese tratado de evitar la horrenda suerte que el asesino le había destinado. Salvo su cuerpo tendido en el suelo, el orden en la estancia era absoluto, lo cual, a los ojos del observador más zoquete significaba una cosa con toda seguridad: el asesino era conocido de la Watsum, conocimiento que le había permitido atacarla sin que ella lo hubiera sospechado.

Tragué saliva maquinalmente. Dos cadáveres en pocas horas, poco más o menos, y ambos de mujeres, eran algo que amenazaba

con desquiciar mi sistema nervioso. Al cabo de unos momentos logré rehacerme lo suficiente como para sentir que mi estómago volvía a su lugar habitual.

Estuve unos momentos silencioso, sin saber qué hacer ni qué decisión adoptar. De pronto me fijé en el archivador.

Cuidadosamente, procurando no tocarlo en absoluto, rodeé el cadáver. Me situé junto al archivador y después de sacar un pañuelo, tiré del primer cajón.

Estaba vacío y lo mismo pasaba con uno de los dos restantes. El tercero contenía una serie de fichas en blanco, aunque con unas casillas hechas a máquina, con el fin de ser rellenadas más tarde.

Estudié una de las cartulinas. El casillero era, más o menos, como sigue:

Nombre de ELLA..., Edad... Dirección... Aspecto... Preferencias... Teléfono... Cuenta bancaria en...

Estas cartulinas eran blancas. Había otras de color crema, en las cuales habían cambiado el artículo ELLA por EL, suprimiendo las casillas de «Preferencias» y «Cuenta bancaria». Pero no pude encontrar ninguna ficha rellenada con dato alguno, lo cual me dijo que el asesino se había llevado el cajón donde estaban las fichas que ya contenían detalles de las personas con las cuales se relacionaba la difunta.

Guardó en el bolsillo un ejemplar de cada ficha, volviendo luego el archivador a su primitivo aspecto. Aunque no comprendía claramente las razones de la muerte de Ann Watsum, sí empezaba a entender a qué clase de repugnante negocio se había dedicado la individuo en vida.

Bien, como fuese, allí no tenía nada que hacer. Di media vuelta y me dirigí a la puerta. En el momento en que me disponía a abrir, sonó el timbre.

CAPÍTULO IV

El que llamaba debía ser muy impaciente, porque apenas había tenido yo tiempo de forjarme un plan de acción, cuando abrió la puerta con tanta violencia, que estuvo a punto de machacarme las narices.

Pegué un salto hacia atrás. Dos sujetos irrumpieron en el vestíbulo. Apenas los vi, sentí que mi estómago se contraía hasta hacerse más pequeño que una bola de golf.

Eran dos sujetos quizá no demasiado altos, pero con músculos por todas partes. Su aspecto no tenía nada de amable, ni siquiera cuando sonreían. Por cierto que no sonrieron mientras duró nuestro breve y nada agradable diálogo.

—¿Ann Watsum? —preguntó uno de ellos.

Sentí que mi nuez subía y bajaba convulsivamente. Cuando oí mi voz pensé que hablaba desde un millón de kilómetros de distancia.

—No... no está... —balbuceé—. Ha... ha salido...

—Es igual —dijo uno de los gorilas. De pronto disparó su brazo derecho y me agarró por la pechera de la camisa, acercándose a él con tanta violencia que estuvimos a punto de rompernos la cara mutuamente—. Da lo mismo —añadió—. ¿Tú debes de ser su secretario particular, no? —Estas últimas palabras las pronunció con una ironía muy *sui generis*.

—Bien, exactamente no...

El sujeto no me dejó seguir hablando. Antes de que pudiera averiguar sus intenciones, me aplastó el estómago contra la espina dorsal.

El aire de mis pulmones salió proyectado al exterior con terrible violencia, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. Ni siquiera

me quedó el recurso de doblarme sobre mí mismo, ya que el sujeto me mantenía en vilo con una sola mano, sin dificultad alguna, y eso que no soy un alfeñique, precisamente.

—Es lo mismo —gruñó el gorila—. Escucha, relamido, cuando veas a esa pájara de la Watsum, dile que no vuelva a meterse más con la señora Ainslee o de lo contrario tendrá que lamentarlo. Y mucho.

—Sí... sí... se lo diré... —tartamudeé, lívido de terror—. Yo no...

El gorila no me hizo caso. Volvió ligeramente la cabera y dijo:

—Nat, ¿quieres...?

—Oh, sí, claro, Jed —contestó el otro plácidamente—. Sitúalo en posición, ¿quieres?, por favor.

—Con mucho gusto, compadre. Toma, ahí lo tienes.

El llamado Jed me hizo girar un cuarto de vuelta, de modo que quedase justo frente a su compinche. Nat cerró el puño y tras una o dos fintas lo lanzó contra mi mandíbula. En el mismo instante, Jed soltó la garra de hierro con la que me sujetaba ahora por la nuca.

Vi acercarse el puño a mi mentón con la velocidad de un proyectil teledirigido. El puño se hizo grande, muy grande... enormemente grande...

* * *

Cuando desperté, me encontré tendido en el suelo, sobre la alfombra del vestíbulo. Con todo cuidado, tanteé la mandíbula con mi mano. Lancé un gemido de dolor, aunque pude comprobar que aquel bruto no me la había fracturado. Esto me dijo que mis huesos eran más resistentes de lo que me parecía.

Sacudí la cabeza, intentando alejar de mi mente las últimas telarañas del embotamiento causado por el desmayo. Al cabo de unos momentos pude sentarme en el suelo.

Consulté mi reloj. Eran las dos y media de la tarde. En ese espacio de tiempo me habían ofrecido un trabajo, se habían cometido dos asesinatos —con los cuales, más o menos, me encontraba yo mezclado—, y me habían asestado dos soberbios golpes, uno de los cuales me había tenido sin conocimiento durante más de media hora. El panorama, si el día continuaba

desarrollándose de aquella manera, no tenía nada de atractivo.

Decidí que lo mejor era largarme de aquel lugar cuanto antes. Al diablo mi curiosidad y al diablo mi interés por conocer el autor de aquellos dos asesinatos. De los cuarenta dólares que me había dado Ann Watsum quedaban aún treinta y nueve y algunos centavos. Algo podría hacer con ellos mientras buscaba una nueva colocación. Llamaría a la policía desde algún teléfono público para informarles de ambas muertes y que los agentes de la Ley se las entendieran con el misterio. Dejándome a mí fuera del asunto, por supuesto.

Me puse en pie y me arreglé la ropa cuidadosamente. Luego me dirigí hacia la puerta, que abrí con da de un pañuelo, y salí al corredor, cerrando a continuación con idénticas precauciones.

En el momento en que lo hacía, una mujer entró en el apartamento B. Creí que acababa de sufrir una descarga eléctrica.

Sólo pude verla durante una décima de segundo, pero fue suficiente para reconocer el traje rojo y negro y los cabellos de bronce. La puerta se cerró antes de que hubiese podido llamar la atención de la desconocida.

Todos mis propósitos de desentenderme del asunto quedaron olvidados instantáneamente. En dos zancadas crucé el corredor y me planté ante la puerta de la Agencia de Detectives D. Ossobaw.

Toqué el timbre sin vacilar. La puerta se abrió unos segundos más tarde y la mujer de los cabellos de bronce quedó frente a mí.

* * *

La estudié en silencio durante unos segundos. Era alta, arrogante, de formas compactas y esbeltas, a las cuales se había ajustado, como una segunda piel, el vestido estampado en rojo y negro que vestía y que en otra mujer habría resultado, indudablemente, extremado y audaz, pero que a ella le caía magníficamente. Tenía la piel dorada, tersa y suave, y el contraste entre el singular tono metálico de sus cabellos y la claridad de sus pupilas era sumamente atractivo. Para redondear la descripción, diré que calculé su edad en un esplendoroso cuarto de siglo.

—¿Sí? —dijo ella con voz de agradables entonaciones, pero que en aquellos momentos sonaba un tanto impaciente.

—Yo no pude ser el asesino, señorita Ossobaw.

—Entonces, ¿qué hacía usted en la casa? —inquirió ella.

—Prefiero no hablar de ello por el momento —respondí.

Sus labios se curvaron en una mueca desdeñosa.

—Tampoco hace falta —expresó—. Me lo imagino fácilmente.

Aquellas palabras me enojaron.

—Está usted en un profundo error, señorita —dije—. Pero éste es un tema que habremos de tratar más extensamente en mejor ocasión.

—No habrá mejor ocasión —aseveró ella rotundamente, tratando de hacerse con el teléfono.

Atraje el aparato hacia mí con brusquedad. Daphne cedió.

—Repito que no he sido yo el asesino. ¿Cree que si lo fuera, no habría intentado ya matarla, apenas entré en su apartamento?

Ella consideró mis palabras.

—Es posible que tenga, de momento, otros propósitos —expresó con desconfianza.

—Sólo uno —dije—: hallar al asesino de la señora Dahoe.

—De ello ya se ocupa la policía, no se preocupe —contestó la joven con sorna.

—Y ahora está pensando en que, como no la mate a usted aquí mismo, en cuanto me haya marchado, avisará a la policía, ¿no es cierto?

Mi pregunta dio en el blanco. El rostro de Daphne lo expresó claramente.

Solté el teléfono.

—Bien —me recliné en el sillón—, ahí tiene el aparato libre. Llame a la policía. —En tono negligente, añadí—: Ah, y de paso, dígales también que Ann Watsum ha sido estrangulada. Está ahí, muerta en su despacha, a cuatro pasos de distancia.

Daphne perdió el color de golpe.

—¡Qué! ¡Ann Watsum asesinada! —exclamó.

—Como lo oye. Alguien le puso un cordón de seda en torno al cuello y apretó, apretó hasta que...

La joven se puso una mano ante la boca.

—¡Por favor! —gimió—. Ahórrese detalles, señor Holter.

Saqué cigarrillos y encendí dos. Le pasé uno; Daphne aspiró el humo con violencia casi. Sus manos temblaban visiblemente.

—¿Quiere que le cuente cómo han sucedido las cosas?

Daphne asintió en silencio. Entonces le conté lo que había pasado, desde el momento en que, a media mañana, conocí a Ann Watsum hasta el hallazgo de Glenda acuchillada.

—Estaba ya por marcharme —dije—. Verdaderamente, en un principio, creí que se trataría de un trabajo decente, pero luego comprendí la verdad de lo que sucedía. Entonces...

—¿Y cómo se le ocurrió venir a ver a Ann Watsum?

Hice un ademán.

—La verdad, había algunas cosas que no me agradaban y quería decírselo cara a cara. Cuando entré en su despacho, ya estaba muerta. Lo peor de eso no es que la hayan matado, sino que el asesino se llevó un cajón con numerosas fichas donde Ann Watsum debía tener anotadas una gran cantidad de direcciones. —Torcí el gesto—. Las direcciones que le servían para llevar a cabo su nada honesto negocio, señorita Ossobaw.

El asco más profundo se reflejó en la cara de la muchacha.

—Sé la clase de negocios a que se dedicaba la señora Watsum, aunque también puado añadirle que jamás tuve la menor relación con ella.



—Entonces, ¿cómo me explica usted su presencia en casa de Glenda Dahoe? —inquirí.

—La señora Dahoe me llamó por teléfono —contestó Daphne—. Me dijo que necesitaba mis servicios como investigadora privada y que le había sido recomendada por Ann Watsum.

—¿Qué servicios debía prestarle usted a la señora Dahoe?

—Insinuó algo sobre chantaje, pero fue más explícita. Desde luego —confesó la joven—, la recomendación de la señora Watsum no me agradó demasiado, pero si le he de ser franca, ando escasa de trabajo.

—¿Ella no le dio más datos por teléfono?

Daphne movió la cabeza negativamente.

—Así que un chantaje, ¿eh? —murmuré pensativamente—. Quizá se resistió y el chantajista, al no obtener el botín que había esperado, la asesinó. Después, para compensarse a sí mismo del tiempo perdido, le robo todas sus joyas. Pude ver algunas de ellas; me parecieron muy valiosas.

—Poseía una gran fortuna. Podía pagarse todos los caprichos —dijo Daphne, mirándome intencionadamente.

—Olvide tal cosa con respecto a mí —rezongué—. Ya le he dicho que se trató de una encerrona, en la cual caí con toda ingenuidad. Cuando lo advertí y quise largarme... bien, no es necesario seguir, puedo darle dos pistas para descubrir al verdadero criminal.

Un súbito interés apareció de repente en los bellos ojos de Daphne.

—¿De veras? —exclamó, adelantando el busto ávidamente.

Especuló un poco con su ansiedad.

—¿Tiene usted verdaderos deseos de descubrir al asesino? —inquirí.

—Por supuesto —contestó en tono caluroso—. Ello añadiría nombre a la agencia y, bueno, ¿es necesario que le explique cómo se pondrían las cosas si lograrse dar con el homicida?

—No, lo comprendo perfectamente. —Apoyé la espalda plácidamente en el respaldo del sillón—. Bien, le suministraré esas dos pistas, a cambio de una cosa.

—¿Dinero? No tengo mucho, pero si necesita...

Levanté la mano con gesto magnánimo.

—Por ahora —dije—, me conformo con los gastos. Más adelante, cuando hayamos resuelto este enigma, ya fijará usted el sueldo que estime justo. Ah —añadí con gran benevolencia—, no tengo el menor interés en añadir mi nombre al suyo en la placa de la puerta. Por lo que a mí respecta, puede usted continuar perfectamente figurando como la dueña de la agencia.

Daphne calló unos instantes. Después dijo:

—Entiendo que me sugiere le acepte como empleado mío, señor Holter.

—Bien, ya le he dicho antes que me encuentro sin trabajo. —Señalé el teléfono—. Si de veras cree que soy el asesino, llame a la

policía. En caso contrario, tómeme juramento y me convertiré en el más fiel y devoto de los empleados.

La joven consideró mi proposición durante unos momentos. Al cabo, dijo simplemente:

—Está bien, aceptado.

CAPÍTULO V

Bien, me dije, al fin había encontrado un trabajo. Mi porvenir, por lo tanto, se mostraba un poco más despejado. Y además, el trabajo iba a ser muy agradable realizándolo en compañía de una muchacha tan hermosa como Daphne Ossobaw. Porque Daphne era hermosa, perturbadoramente bella, pero con una hermosura sana y limpia, atractiva y agradable en sumo grado.

—Las pistas, señor Holter —rompió ella el silencio, impaciente.

—Un momento —atajé—. Puesto que soy su empleado, ¿por qué no lo celebremos con un trago? Aquí o en el bar de la esquina, donde más le plazca. Ah, y llámeme Lee a secas. Creo que es hora de que dejemos los tratamientos a un lado, ¿no le parece?

Daphne me miró severamente.

—Ser mi empleado no implica tomarse confianzas que no estoy dispuesta a tolerarle, señor Holter. En cuanto a lo del trago, hágalo usted sólo más tarde. Ahora, hable.

—Bien —extendí las palmas de las manos—, puesto que usted se pone en plan, de jefe... En primer lugar, le diré que una de las pistas puede darse por perdida, lamentablemente. No lo mencioné antes, porque ignoraba cuál iba a ser su reacción, pero ahora ya se lo puedo decir. Cuando usted vio tendida a la señora Dahoe, ¿creyó que estaba muerta?

—Sí, por supuesto. ¿Es que no lo estaba? —exclamó ella, muy sorprendida.

—No. Aún vivía. Muy poco; lo suficiente apenas para pronunciar des palabras. «Ann... sabe...». Murió sin añadir más.

—«Ann... sabe...» —repitió ella, meditabunda—. Se refería a Ann Watsum, por supuesto.

—He ahí uno de los motivos que me trajeron al apartamento de

la señora Watsum —manifesté.

—Está bien. Una pista perdida. ¿Y la otra?

—Cuando me disponía a abandonar el apartamento de Ann Watsum, me salieron al paso dos sujetos, dos verdaderos gorilas. Uno se llamaba Nat y el otro Jeb, pero eso no quiere decir nada. Preguntaron por la señora Watsum. Claro está, no se me ocurrió contestar que estaba muerta. Traté de evadir una respuesta directa y entonces uno de ellos dijo que si yo era su secretario. Antes de que pudiera negarlo, me arrearon dos golpes, el segundo de los cuales me durmió por espacio de treinta minutos. En el momento de asestarme el segundo puñetazo —mire usted qué hermosa señal ha debido de dejarme—, uno de los tipos dijo: «Cuando veas a esa... bueno, se refería a la señora Watsum, dile que no se meta más con la señora Ainslee o tendrá que lamentarlo». Y luego, ¡pum!, me estalló una bomba atómica en el mentón.

Los ojos de la chica brillaron excitadamente.

—¿Dijeron la señora Ainslee? —exclamó.

—Sí.

Daphne jugueteó con un abrecartas que tenía sobre la mesa. De repente agarró el teléfono y disco un número.

—¿Jefatura? Deseo hablar con el sargento Pinnell... Soy *miss* Ossobaw. Bien, espero...

El sargento Pinnell se dejó oír medio minuto más tarde. Si su volumen físico respondía al de su voz, debía ser un gigante. Daphne debía mantener el auricular a tres centímetros de su oreja para no sufrir demasiado.

—Hola, chica. ¿Qué te ocurre ahora?

—Deseo una información tuya, Pin, tú que conoces a la inmensa mayoría de las mujeres ricas y ociosas de Santa Benita. ¿Qué puedes decirme de una tal señora Ainslee?

—¿Ainslee? —repitió el policía. Meditó unos instantes y al fin respondió—: Es la accionista mayoritaria, prácticamente la dueña, de la *Ainslee Bórax Chemical*.

—¿Soltera, casada, viuda o divorciada?

—El número tres y tres veces.

Daphne silbó suavemente.

—Tres maridos, ¿eh?

—Sí, y el cuarto en puertas. Un tal Fran Mendoza. Los he visto

más de una vez muy juntos y amartelados en los lugares elegantes de la costa. ¿Por qué te interesas por la señora Ainslee, Daphne?

—Cosas de mi oficina, Pin. Dime su domicilio, por favor.

Tomé un lápiz y una hoja de papel. El policía facilitó el domicilio de la mencionada treinta segundos después.

—Avenida Serra, 2056. ¿Es todo, Daphne? —En tono de buen humor, el policía añadió—: ¿No tienes ningún otro asesinato que denunciarme?

—Pues, sí, Pin. Precisamente en este mismo piso, en el apartamento D. Una tal Ann Watsum.

Pareció que el teléfono iba a explotar.

—¡Ann Watsum! Daphne, no estarás hablando en serio.

—No me gusta bromear con ciertas cosas, Pin —dijo la muchacha—. Mi ayudante acaba de descubrir el cadáver. La señora Watsum tiene un cordón de seda en torno al cuello.

—¡Está bien! ¡No te muevas de tu despacho! Mientras llego yo, enviaré a una patrulla móvil para que custodie el apartamento. Hasta ahora, Daphne.

Saqué un cigarrillo y se lo entregué.

—Y ahora, ¿qué? —dije amargamente—. ¿Me entregará a la policía?

—¿No oyó que dije «mi ayudante»? —Daphne se reclinó en el sillón, con el pitillo en una mano y el encendedor en otra—. Tenía que denunciar el crimen a la policía, compréndalo.

Encendió el cigarrillo y aspiró el humo. De pronto exclamó:

—¡Qué gusto tan raro tiene este tabaco!

Yo no había encendido todavía el mío. Aspiré profundamente el aire.

—Aguarde —dije. Saqué los dos paquetes de tabaco; uno estaba mediado y al otro le faltaban solamente dos o tres cigarrillos. Le enseñé el primero—: Éste es el que me dio esta mañana la señora Watsum.

Daphne volvió a inhalar el humo.

—Es agradable, pero al mismo tiempo repele. Da la sensación como si se hubiese mezclado con el tabaco alguna droga.

—Eso mismo pensé yo. Glenda Dahoe fumaba también esta clase de cigarrillos —manifesté.

Daphne estudió pensativamente el paquete de tabaco drogado.

—Se lo entregaré al sargento Pinnell para que lo haga analizar —sentenció al cabo. Aplastó el cigarrillo drogado contra el cenicero y pidió—: Deme otro, Lee.

—Parece que tiene usted mucha confianza con la policía, jefe —dije.

A ella no le hizo demasiada gracia el tratamiento.

—Llámeme señorita Ossobaw. Soy su jefe, en efecto, pero no me gusta que se exprese así cuando se dirija a mí. En efecto, el sargento Pinnell y yo somos bastante amigos.

No quiso añadir más al respecto. Entonces, viendo que eludía seguir tratando del tema, pregunté:

—¿Qué vamos a hacer con respecto al asunto de la señora Ainslee?

Daphne consultó su reloj de pulsera.

—Es tarde ya, y ahora la policía nos va a entretener demasiado. Iremos a visitarla mañana, a las diez. Reúnase conmigo a esa hora en la cafetería de la esquina.

Se puso en pie.

—Mientras viene la policía, me cambiaré de ropa. Usted espere aquí y no se marche; de lo contrario, lo buscarán como sospechoso.

—¿Y —dije intencionadamente—, no me considera usted como tal?

—Es posible —dijo tan fresca. Señaló un armarito—: Ahí tiene usted lo que pedía antes; tómese un trago. Volveré enseguida.

—¿Preparo dos? —sugerí.

—A mi vuelta —respondió ella.

* * *

El sargento Pinnell, de la Brigada de Homicidios de Santa Benita, era un sujeto que hubiese podido medir perfectamente un metro ochenta, a no ser porque la parte que correspondía a su altura había sido empleada en su anchura, lo cual significa que era un tipo cuadrado, de amplísimos hombros y manos como jamones, de esos que disfrutan abriendo las puertas de las casas a puñetazo limpio. Poseía una cantidad de vello equivalente a la da un gran cuadrumano de su tamaño, incluso lo parecía, pero la mirada que latía bajo el negro bosque de sus cejas no tenía nada de estúpida.

Cuando quise recordar, ya me había disparado un centenar de preguntas en menos de diez minutos. Hablaba como dispara una ametralladora y exigía las respuestas con la misma rapidez.

—Conocía el «negocio» de la Watsum —dijo al cabo—. No era ni legal ni ilegal; su papel, simplemente, se limitaba a proporcionar unas horas de amable compañía a mujeres ricas y ociosas, que se aburren en su soledad. Es un tipo éste que abunda mucho en la región de Los Ángeles.

—Yo lo ignoraba por completo —manifesté—. Creí que se trataría de un trabajo honrado. A fin de cuentas, no todo el mundo es como la señora Watsum y hay personas caritativas que se ocupan de buscar trabajo a los sin empleo, expresidarios y demás. Asociaciones benéficas, Ejército de Salvación, miembros de parroquias...

—Y directoras de Agencias detectivescas —dijo Pinnell con sorna.

Daphne no se inmutó.

—Pin, de sobra sabías que necesitaba un ayudanta. ¿Por qué no emplear, pues, al señor Holter?

En aquel momento entró un policía con un papes en la mano, que entregó a Pinnell. Éste lo leyó y luego dirigió su mirada hacia mí.

—Hasta hace un par de semanas trabajó usted para la *Grawson Commercial*. Dejó su trabajo por discrepancias con el jefe de su sección. El jefe en cuestión tuvo que tirar el traje que usted había intentado teñirle de negro llevándolo puesto.

—Me puso fuera de mí y le volqué el tintero encima —repuse—. Eso, claro está, me costó el empleo.

—Bien, salvo el detalle citado, los informes de la *Grawson Commercial* respecto a usted, son buenos. Es evidente —añadió—, que la señora Watsum no fue demasiado sicóloga con usted, Holter. De todas formas, ése era su sistema de actuar.

—Connmigo fracasó, sargento.

—Me lo imagino. —Pinnell se echó hacia atrás en el asiento—. Ahora, nuestra primera preocupación, antes que encontrar al autor de las dos muertes, es hallar el fichero que se llevaron de la oficina de la señora Watsum.

—Si no lo atrapamos a tiempo, el asesino se dedicará al chantaje

—opinó Daphne.

—¿Y por qué no lo hacía ya antes? —pregunté.

—Hubiese perdido rápidamente su clientela —respondió Pinnell—. Prefería una ganancia menor, pero segura y constante, a otra mucho mayor, pero más arriesgada. En eso hacía bien, hay que reconocerlo.

Pinnell dio por terminado el interrogatorio.

—Ya conozco su domicilio, Holter —me advirtió—. No se vaya de la ciudad, si no quiere llevarse un disgusto.

—Estoy bajo la protección de la señorita Ossobaw —respondí plácidamente.

Pinnell me dirigió una mirada atravesada.

—¡Hum! —Gruñó—. Si yo fuera ella, no me fiaría demasiado de usted, Holter.

Al quedarnos solos, me enfrenté con la chica.

—Usted se ha callado lo de la señora Ainslee —dije acusadoramente.

—Ése es un negocio que prefiero quedarme para mí sola —contestó ella con desenfado.

—Muy bien —expresé—, usted es mi jefe. Con eso está dicho todo. ¿Cree usted que sacaremos algo en limpio de la señora Ainslee?

—Podemos intentarlo, ¿no le parece?

Me estremecí.

—Si anda siempre rodeada de esos dos gorilas que me golpearon esta tarde, no lo pasaremos muy bien que digamos.

Daphne sonrió enigmáticamente.

—No se preocupe —dijo—. Sabremos defendernos si llega el caso. Hasta mañana a las diez, en la cafetería de la esquina.

—Buenas noches, señorita Ossobaw —contesté.

Entre unas cosas y otras, el día transcurrió para mí con inimaginable rapidez, así que era ya bien pasadas las nueve de la noche cuando al fin pude penetrar en un restaurante y saciar el fenomenal apetito que me habían despertado casi doce horas de ayuno, en medio de un sinnúmero de emociones. Cuando al fin el estómago dijo basta, eran ya las diez y media.

Aprovechando que nadie me lo había reprochado, utilicé el coche de la señora Dahoe para trasladarme a mi alojamiento. Con

treinta y cinco dólares en mi poder, más la perspectiva de un empleo estable, y la barriga llena, mis sueños empezaban a tomar un acusado tinte rosado.

Bueno, el empleo parecía ser estable. En cuanto a seguro, ya no se podía decir lo mismo. Sobre todo, si los gorilas de la señora Ainslee entraban en la danza. De todas formas, era ya demasiado tarde para echarme atrás. ¿Quién lo hacía con una chica tan encantadora como Daphne Ossobaw? Era el tipo ideal de mujer para correr los peores riesgos en su favor y en aquellos momentos, yo me sentía henchido de valor, de nobles ideas, de gallardos sentimientos, etcétera, etc., etc...

Mis valerosos pensamientos sufrieron un bajón terrible segundos más tarde, cuando llegué a mi apartamento. Saqué la llave del bolsillo, abrí la puerta, crucé el umbral y apreté el interruptor de la luz. Entonces me encontré con el cañón de una pistola aplicado directamente bajo mi apéndice nasal.

CAPÍTULO VI

Una mano, que no pertenecía al sujeto que rae estaba apuntando con la pistola, me agarró por el cogote y me hizo entrar en la habitación a viva fuerza. Después, el sujeto cerró la puerta a mis espaldas, mientras el tipo de la pistola continuaba dirigiendo el arma hacia mí con una mano tan firme como una roca.

Empecé a sudar de pánico. El rostro del tipo que tenía frente a mí no prometía nada bueno. Y si pensaba en que tenía otro a mis espaldas, la cosa era como para desmayarme de miedo.

—No grite. Holter —dijo el de la pistola—. Si lo hace, la freiré los sesos.

Moví los labios; creo que no tenía fuerzas para más. Aprovechando mi quietud, unas manos ávidas me palparon las ropas.

—No lleva armas —dijo el otro.

—Bien. —El de la pistola seguía mirándome con fijeza—. Holter, vamos a salir de este apartamento. Si lanza un solo grito, si mueve las pestañas tan sólo, morirá en el acto. Puede que esto le parezca truculento, pero no es más que la expresión de la realidad. ¿Me ha entendido?

Dije que sí con la cabeza. Luego, haciendo un soberano esfuerzo, conseguí despegar los labios.

—¿A... dónde me llevan?

—Ya lo verá —contestó el sujeto—. Recuerde lo que acabo de decir, ni una voz ni un gesto. Saldremos como amigos, tranquilamente, pero no nos importará liquidarle en medio de mil personas si trata de pedir socorro. ¿Está claro?

—Cla... clarísimo —tartamudeé. Entonces, el tipo de la pistola me agarró por un brazo y me hizo dar media vuelta.

—En marcha.

Salimos del apartamento y descendimos en el ascensor hasta la planta. Los dos tipos caminaban a mis lados y me era fácil imaginar que llevaban las pistolas en sus bolsillos, listas para acribillarme si hacía cualquier cosa que les desagradara. Naturalmente, puse un cuidado exquisito en comportarme con toda naturalidad... Aunque ya me imaginaba que querían «pasearme», entendía que era preferible retrasar el momento fatal lo más posible. La esperanza siempre se conserva hasta el último minuto.

Pegado a la acera había un gran sedán negro, tras cuyo volante había un sujeto en actitud negligente. Entramos en el automóvil y nos sentamos en el asiento posterior, yo en el centro, por supuesto.

El sedán arrancó en el acto, suave, silenciosamente. Después de rodar unos cien metros por aquella calle, el conductor se adentró en el Bulevar de la Costa.

Me imaginé a dónde querían llevarme los tipos, aunque no entendía en modo alguno por qué querían liquidarme. Por supuesto, no pertenecían a la cuadrilla de la señora Ainslee... si es que la señora Ainslee mantenía una cuadrilla de forajidos. Lo único que podía deducir era que alguien los había enviado contra mí, con ánimo de borrar me del mundo de los vivos.

Los forajidos se mantenían silenciosos, herméticos. Una o dos veces intenté entablar conversación con ellos, pero en vista, de que no recibía sino secos monosílabos, desistí de ello.

Dejamos atrás el Bulevar de la Costa, no sin pasar antes frente a la casa de Glenda Dahoe, y nos adentramos por la carretera que sigue paralela al océano, separándose a veces un centenar de metros y en otras bordeando casi el mar. Así recorrimos cosa de una decena de millas.

De pronto, el coche se desvió por un caminito lateral, en dirección al océano. En aquel punto, la carretera distaba del mar casi un kilómetro. Los tipos habían sabido elegir bien el lugar de la ejecución.

El paisaje era análogo al de la Península de Monterrey: grandes pinos, de copas inclinadas por la acción continua de los vientos, arenas en el suelo y al final, rocas y cantiles a varios metros de altura sobre las aguas. El coche se detuvo y el conductor apagó los faros. Tampoco hacían mucha falta; la luna brillaba con gran

intensidad, permitiendo divisar los detalles a buena distancia.

—Bájese —ordenó secamente el que parecía ser el jefe de la cuadrilla. Él ya estaba en el suelo y me apuntaba con la pistola, que relucían siniestramente a la luz de la luna.

La noche era excelente. Soplaban una agradable brisa y hasta mis oídos llegaba claramente el rumor de las olas rompiendo contra los cercanos acantilados. El aire olía a mar y a yodo y de vez en cuando, algunas finísimas gotas de agua me salpicaban el rostro. Pensé que era una lástima morir antes de haber cumplido los treinta años y, sobre todo, en una noche tan buena como aquélla. No sé qué me había pasado; pero de repente todo el pánico que había sentido hasta aquellos instantes, se había disipado totalmente. Me sentía extrañamente tranquilo y lúcido casi, indiferente a la suerte que me esperaba.

El borde de los cantiles estaba a una docena de pasos. El jefe movió la pistola.

—Camine.

Vacilé un instante.

—Me... me gustaría saber una cosa —dije.

El forajido gruñó.

—¿De qué se trata?

—Simplemente, de saber por qué van a matarme. Yo no les conozco a ustedes ni creo haberles hecho el menor daño. No quisiera parecerles un protestón, pero creo no haber merecido esta suerte.

—Sabe usted demasiado —rezongó el tipo—. Es todo lo que puedo decirle por ahora. Y basta ya de charla. Mueva los pies, pronto.

Los otros dos tipos estaban a su lado. Contrariamente a lo típico en estas ocasiones, no reían, no bromeaban, no me gastaban bromas sarcásticas; permanecían serios, impassibles. Para ellos, la faena que iban a hacer era como una especie de trabajo; cuando terminasen conmigo, se volverían tranquilamente a sus casas, como empleados después de terminada la labor cotidiana, sin conceder a mi muerte mayor importancia que la de un balance bien cuadrado o un expediente cerrado satisfactoriamente.

La mano del sujeto se movió.

—Vamos, camine, Holter —insistió.

Empecé a girar. Doce pasos, seis segundos de vida. Después, mi cuerpo caería rebotando de roca en roca, hasta flotar en el mar. Las olas me golpearían contra los acantilados, una y otra vez, con monótona insistencia, hasta que mi cadáver quedase reducido a una irreconocible masa de carne y huesos.

En aquel momento, brilló un fogonazo y se oyó un leve chasquido. El sujeto de la pistola empezó a caer muy lentamente, doblando las rodillas poco a poco, mientras su cuerpo se vencía hacia adelante.

Sonó una voz imperativa.

—¡Tiren las armas si no quieren morir en el acto!

Terriblemente sorprendidos, los otros dos sujetos no acertaron a reaccionar. Yo sí, yo eché a correr en el acto, zambulléndome en la protectora espesura del pinar, escapando de allí a toda la velocidad que me era posible. No sabía quién diablos había llegado tan oportunamente, pero sí estaba decidido a aprovechar aquella posibilidad que se me ofrecía, después de haber estado literalmente al borde de la muerte.

Sonaron voces detrás de mí.

—¡Alto!

—¡Párese, Holter!

—¡Quieto o disparamos!

—Maldición, hay que, buscarlo.

—Ve a por él, Jed. Yo me quedo aquí con éstos.

La voz era nueva para mí, aunque no el nombre recién pronunciado. De todas formas, lo que me interesaba era escapar como fuera. De pronto tropecé con un saliente y caí cuan largo soy sobre el suelo.

El golpe me atontó momentáneamente. Cuando me quise rehacer, escuché unos pasos presurosos cerca de mí. Jeb estaba buscándome como un loco.

La distancia se había reducido notablemente, como consecuencia de mi caída y consiguiente aturdimiento. Los pasos de Jeb se oían cada vez más cerca. Pude darme cuenta de que si echaba a correr de nuevo, el forajido dispararía contra mí. Era un riesgo que había que eliminar, como fuera.

Lentamente, evitando causar el menor ruido, me puse en pie, ocultándome tras el tronco de un grueso pino. Sudaba copiosamente

y, al mismo tiempo, temblaba de frío. La excitación del momento causaba en mí efectos tan contrapuestos.

Los pasos de Jeb hacían crujir tenuemente la espesa alfombra de agujas de pino que cubría el suelo. Poco a poco se iba acercando a aquel lugar, husmeando como perro de presa. De vez en cuando se detenía para escuchar, sin conseguir captar ningún sonido, por supuesto.

Casi de repente apareció a dos pasos de distancia, vuelto ligeramente de costado hacia mí. Apretado como estaba contra el tronco del pino, era muy difícil verme, a menos que volviera por completo la cabeza.

Salté hacia él bruscamente. Nunca lo había hecho antes de ahora, pero el golpe me salió redondo. El filo de mi mano derecha le impacto contra su cuello, detrás de la oreja. Jeb emitió un sordo gruñido y se desplomó en seco al suelo.

Me agaché inmediatamente y le desposeí de la pistola. Entonces empecé a dar un rodeo, con el fin de acercarme por detrás al lugar donde estaban los restantes forajidos.

Un minuto después, me hallaba a una docena de metros del punto donde había estado a punto de morir. Había allí cuatro hombres, dos de los cuales tenían las manos sobre la nuca, en una actitud inequívoca.

El sedán estaba mucho más cerca. Sigilosamente, di un par de pasos más y apunté cuidadosamente a las gomas traseras. ¡Pam!, ¡pam!, y los neumáticos quedaron deshinchados en el acto.

Sonaron gritos de alarma mientras yo movía las piernas a toda velocidad en dirección a la carretera. Alguien disparó alocadamente hacia mí. Me volví y le largué un par de tiros, sin efecto, por descontado. De pronto me encontré con un coche.

Era el que había traído a Jeb y sus compinches hasta aquel lugar. Tanteé el tablero y solté una maldición; faltaba la llave de contacto.

Los gritos se oían cada vez más cerca. Puesto que no podía llevarme el coche, al menos les gastaría una buena jugarreta. Dos neumáticos más fueron víctimas de mis disparos. Arrojé la pistola a gran distancia y me perdí en las tinieblas, dejando detrás de mí una estela de tiros, gritos y maldiciones de todos los calibres.

Daphne me recibió de uñas cuando llegué al punto de reunión treinta minutos después de lo acordado. Sin hacer demasiado caso de su gesto hosco, me senté en el taburete y encargué café y buñuelos.

—Siento haberme dormido —dije al cabo—, pero la culpa no es del todo mía. Cuando me acosté eran cerca de las tres de la madrugada.

—¿Qué ha estado haciendo durante todo ese tiempo? ¿Distraerse? —preguntó con airada mordacidad.

—No. Dando un paseo. Obligado, claro está. A la ida me llevaron entre dos pistolas. El regreso lo hice solo y a pie; no hubo un maldito automovilista que parase cuando le hice la señal de *auto-stop*.

—¿Qué dice, Lee? —exclamó la muchacha—. ¿Significa eso... que unos forajidos le dieron... un paseo?

—Exactamente. —El camarero puso delante de mí una cafetera; una taza, el azucarero y una fuente con buñuelos—. No tengo la menor idea de quiénes eran; jamás los había visto antes de ahora. Lo único que conseguí averiguar fue que sabía demasiado, según ellos. Respuesta clásica, ¿no cree?

Daphne apretó los labios.

—No, no oreo —contestó—. Opino, lisa y llanamente, que es usted un solemne embustero. Estoy tentada de retirarle mi protección y dejar que el sargento Pinnell se las entienda con usted.

Moví la mano, señalando hacia la cabina telefónica que había en un rincón del establecimiento.

—Vaya allí —contesté—. El importe de la llamada, por mi cuenta. Que me crea o no, dada la actitud que ha tomado hacia mí,, me da lo mismo. Y si quiere despedirme, también. De todas formas, todo se reduce a pasar unos días de incomodidad en los calabozos de Jefatura. Al final y como se dice en las novelas, resplandecerá la verdad y yo saldré libre y absuelto. Ahora, si no tiene inconveniente, terminaré mi desayuno; estoy hambriento.

Mis palabras tuvieron la virtud de ablandar a la muchacha.

—Está bien —dijo—. Cuénteme lo sucedido, Lee. Me puse un poco nerviosa al ver que se retrasaba, eso es todo. Le ruego me

dispense.

—De acuerdo. —Y entre trago y trago de café, alternado con feroces embestidas a los buñuelos, le relaté todo lo que me había sucedido la noche anterior. Al terminar, ella se quedó muy pensativa.

—Lee —dijo unos momentos después—, ¿sabe lo que se me está ocurriendo?

—Sí, que es el maldito fichero de Ann Watsum el culpable de todo lo que pasa.

—Justamente. Pero lo que no entiendo —añadió Daphne—, es por qué la señora Ainslee tiene tanto interés en ese montón de fichas.

Me limpié la grasa de los dedos con una servilleta de papel, tomé la última taza de café, aboné el importe y dije:

—¿Por qué no se lo preguntamos a la interesada?

CAPÍTULO VII

La Avenida Serra serpenteaba siguiendo más o menos la dirección Norte Sur, a media altura de unas colinas, prolongación de las de Beverly. La avenida estaba flanqueada a derecha e izquierda por una seria incesante de *bungalows* de todos los estilos, rodeados de una frondosa selva de árboles muy variados: cipreses, pinos, palmeras, rododendros, juníperos, tamarindos, en fin la vegetación que crece en un lugar casi tropical como es la costa del Pacífico. Daphne guiaba el coche y lo detuvo frente al número 2056, una pretenciosa villa, que evidenciaba el pésimo gusto del arquitecto que no supo imitar satisfactoriamente el estilo renacimiento italiano. Se habían gastado mucho dinero en la construcción del edificio, pero lo habían sabido aprovecharlo.

Daphne detuvo el coche al lado de la puerta enverjado, que funcionaba por un sistema idéntico al de la de Glenda Dahoe. Alguien la abrió desde dentro cuando anunciamos nuestro deseo de entrevistarnos con la dueña de la mansión.

Recorrimos a pie un sendero enarenado de cincuenta o sesenta pasos. Al pie de la escalinata del edificio nos recibió un sujeto con cara de vinagre, de unos cuarenta y tantos años de edad, bien vestido y con un bulto harto sospechoso en el lado izquierdo de su chaqueta.

—Soy Ostrom, secretario de la señora Ainslee —manifestó secamente—. ¿Qué es lo que desean ustedes?

—Me llamo Daphne Ossobaw y éste es el señor Holter, mi socio —dijo la muchacha con todo desparpajo—. Representamos a una agencia de informes y deseamos obtener algunos de la señora Ainslee... no de su secretario —añadió Daphne con toda intención.

—La señora Ainslee me ha encargado les reciba a ustedes. Ella

se encuentra indispuesta en estos momentos y no puede atenderles —expresó Ostrom.

—Muy bien —replicó Daphne sin inmutarse—. Supongo que usted se encargará también de atender al sargento Pinnell, de la Brigada de Homicidios, cuando venga a verle más tarde, ¿no es así? Gracias por su recepción y adiós, señor Ostrom.

Daphne inició la acción de dar media vuelta, pero no la concluyó. El sujeto extendió la mano.

—¡Esperen un momento! —dijo—. Quizá podamos entendernos...

—Con usted, no —replicó la muchacha fríamente—. Con la señora Ainslee. Me imagino qué clase de indisposición sufre, así que propínele usted un par de aspirinas; verá qué pronto se repone.

Ostrom nos dirigió una mirada, furiosa.

—De acuerdo. Pasen.

Subió las escaleras, precediéndonos hasta un gran salón, amueblado no muy de acuerdo con el aspecto exterior de la casa. Al menos, el interior estaba decorado con mucha más discreción y buen gusto.

—Esperen unos momentos —dijo el sujeto. Y se marchó, dejándonos solos.

Me acerqué a la chica.

—Daphne...

—Señorita Ossobaw —cortó ella fríamente—. Recuérdelo, en todo momento, Holter.

—Está bien —dije furioso—. Señorita Ossobaw, como quiera. Éste es uno de los sujetos que llegaron en el momento más oportuno para mí en la noche pasada.

Daphne respingó.

—¡Cómo! ¿Está seguro?

—Positivamente. Lo reconocería por la vos un millón de veces. Éste era el que daba las órdenes a Nat y a Jeb.

—Seguramente —dijo ella con aire reflexivo—, debieron espíarle a usted todo el rato y le siguieron al ver que se lo llevaban los otros forajidos. Pero ¿por qué, Lee?

—Algo muy sencillo, señorita Ossobaw: hay dos bandos que luchan por apoderarse del fichero de la señora Watsum.

Daphne abrió mucho los ojos.

—Claro, ¿cómo no se me había ocurrido a mí antes? Pero, oiga, Lee, sí es cierto lo que eso significa, entonces es que las dos pandillas creen que es usted el que guarda el fichero.

—Diablos —mascullé a media voz—, ésa es una posibilidad que no se me había ocurrido. Ahora bien, al cada uno de esos dos bandos piensa que yo soy el actual propietario del fichero y yo no lo tengo, es que *hay* un tercer bando en danza. ¿No le parece a usted, señorita Ossobaw?

—Casi seguro, Holter. Y ahora tendríamos que saber quién es el cabecilla de la tercera fuerza.

Chasqueó los dedos repentinamente.

—¡Ya lo tengo! —exclamé.

Daphne me miró interesadamente.

—¿Sí?

—Encontré un número de teléfono en la habitación de Ann Watsum. Usted, que tan buena amistad tiene con el sargento Pinnell, podría averiguar el nombre del propietario de ese teléfono. Es el

EN-3

— 6G2.

Una chispa de malicia brilló en los ojos de la joven.

—No hace falta recurrir a los servicios del bueno de Pin para conocer al dueño del teléfono.

—¿De veras?

—Sí. Es el mío.

La miré oblicuamente.

—Debí haberlo supuesto mucho antes —rezongué—. Glenda Dahoe la llamó a usted para requerir sus servicios. Recomendada por la Watsum, claro está. Los dos números, el de Ann y el suyo, son casi correlativos porque están en el mismo edificio y, casi seguramente, en líneas paralelas.

—Así debe ser —observó ella complacidamente. Y en aquel momento, la dueña de la casa hizo su aparición.

Era una mujer alta, majestuosa, de pechos voluminosos y amplias caderas, no exenta de gracia, que aún hubiera podido ser mayor si su mirada hubiese poseído algo menos de dureza. Sus ojos eran claros, diamantinos, y el gesto de su boca, en perpetuo énfasis, indicaba que era mujer muy poco dada a contrariedades. Así se

explicaba que a los cuarenta y pocos años, que es la edad que le calculé, hubiese enviudado tres veces ya. Pero por lo visto, la soledad no le agradaba mucho, ya que estaba a punto de reincidir con el tal Fran Mendoza de que nos había hablado el sargento Pinnell.

La señora Ainslee se detuvo a pocos pasos de nosotros. No se sentó, lo cual quería decir que la visita, aparte de que no le agradaba, debía ser breve.

—Ustedes dirán —habló secamente, sin previo saludo.

—Supongo que su secretario ya le habrá enterado de quiénes somos, señora Ainslee —dijo Daphne.

—Sí. ¿Qué más?

—Usted tiene un secretario, yo tengo un socio —dijo la chica con desenfado—. Ayer, dos hombres enviados por usted, le golpearon. Simplemente, hemos venido a escuchar las explicaciones que tiene usted que darnos sobre el particular.

—No tengo que dar explicaciones a nadie de mi conducta. Ahora, cuando salgan de aquí, el señor Ostrom les entregará quinientos dólares como indemnización por los golpes que sufrió equivocadamente el señor Holter. Eso es todo. Buenos días.

—¡No, espere! —dijo yo, interviniendo por primera vez.

La mujer me miró fríamente.

—Sea breve —dijo en tono perentorio. Hablaba lo menos posible; resultaba evidente que no quería cometer errores verbales que más adelante pudieran perjudicarla.

—Sus dos... empleados, llamémosles de ese modo —manifesté —, me golpearon, basándose en la suposición de que yo era el secretario de la señora Watsum, cuando en realidad se trataba de una simple visita a la aludida. ¿Por qué habían de golpear a un secretario inexistente? Mire, señora Ainslee —añadí—, no nos gustaría tener que recurrir a procedimientos extremos, pero hay cosas que no se pueden arreglar solamente con dar quinientos dólares para tapar un par de golpes. Por favor... —Esperé.

Ella se mordió los labios. Su vasto pecho se movió agitadamente arriba y abajo.

—Está bien —concedió de mala gana—. Ann Watsum era una perra. Quiso hacerme chantaje, pero me negué a pagar un solo centavo. Es cierto que ese chantaje se basa en un pasaje poco

edificante de mi vida, pero no edificante no significa delictivo necesariamente. Por lo tanto, como no temo a la policía y en cuanto a la publicidad me importa un rábano, la envié al demonio. Ella insistió y entonces fue cuando envié a dos de mis empleados a pararle los pies. Nat y Jeb creyeron tener suficiente con haber golpeado a usted, entendiendo que era el secretario de la Watsum. Eso es todo —terminó secamente.

—No le importa la publicidad —dije en tono reflexivo—. Pero, si nuestros informes son correctos, —usted es la accionista mayoritaria de la *Bórax Chemical*. ¿No cree que una publicidad desfavorable podría influir en su negocio?

La señora Ainslee sonrió despreciativamente.

—Mi negocio no es el de una marca de bebidas carbónicas o una cadena de hoteles. El Bórax y el talco son dos cosas que se venden, aunque su dueño sea el peor forajido del mundo, cosa que no sucede en mi caso, evidentemente.

—Visto desde ese ángulo, tiene usted razón, señora Ainslee. —Miré a Daphne—. ¿Tiene usted algo que preguntar?

Ella meditó unos instantes y acabó moviendo la cabeza.

—No, a menos que la señora Ainslee quiera decirnos cuántas veces la amenazó Ann Watsum.

—Dos y ambas por teléfono. A la segunda, me harté y envié a Nat y a Jeb para darle una buena lección y decirle que me dejase en paz definitivamente.

—La señora Watsum poseía un fichero muy particular —dije—. ¿Figuraba usted en él?

La mujer sacó el pecho.

—Me niego a contestar a la pregunta —barbotó.

—Lo cual significa que si —dije, tan fresco—. Bueno, eso no tiene la menor importancia. De todas formas, ya hemos averiguado lo que deseábamos —saber. Gracias por su cooperación, señora Ainslee.

—Espero no volver a verles más por mi casa —dijo hostilmente.

—Nosotros albergamos la misma esperanza, señoril —manifesté, con toda tranquilidad. Y en el momento en que nos disponíamos a retirarnos, entró un hombre con cierta violencia.

Era alto y guapo, de pelo negro y ojos muy brillantes, de unos treinta y tres o treinta y cuatro años de edad, un sujeto

indiscutiblemente atractivo para las mujeres. Después de verle y oírle, comprendí que la dueña de la casa quisiera abandonar nuevamente el para ella nada agradable estado de viudez.

—¡Querida! —exclamó aparatosamente el recién llegado. La abrazó, la estrujó contra su pecho y la besó en la mejilla, acciones que ella acogió con impávida frialdad—. Ostrom me ha dicho que una pareja de detectives habían venido a molestarte.

—A molestarla, no —aclaré—; solamente a hacerle algunas preguntas para una información que estamos realizando.

—Conozco el asunto —dijo el sujeto en tono seco—. Ninguno estamos libres de pecado y lo que haya podido hacer antes la señora Ainslee me tiene sin cuidado. La quiero y ella me quiere, y eso es lo que nos importa a ambos. ¿Está claro?

—Clarísimo, señor Mendoza —respondí sin amilanarme—. Porque, supongo, usted debe ser el señor Mendoza, prometido de la señora Ainslee.

—Exactamente. Y ahora...

El sujeto nos indicó la puerta con clara expresión de desafío. Yo tomé el brazo de Daphne y me la llevé.

Ostrom nos miró partir en silencio, sin ninguna simpatía. Hicimos caso omiso de su gesto poco acogedor y después de atravesar el jardín, salimos a la avenida.

Esta vez tomé yo el volante. Redé lentamente, en dirección descendente, hacia la ciudad. A mi lado, Daphne permanecía también silenciosa.

De pronto, una especie de luz iluminó mi cerebro.

—¿Señorita Ossobaw?

—Sí, Holter.

—Escuche —dije—, aquí el intrínquilis de todo reside en el fichero de la Watsum.

—Exactamente.

—Antes hemos llegado a la deducción de que hay tres bandos en lucha por la posesión del cajoncito con las fichas.

—Sí, cierto.

—Está fuera de toda duda que la señora Ainslee envió a sus dos gorilas a intimidar a la Watsum. Al decirles yo que ella no estaba, me sacudieron a mí, en sustitución.

—Sí, desde luego.

—Ella misma lo ha reconocido, incluyendo el detalle de que los dos gorilas me creyeron secretario de Ann Watsum. Ahora bien —pregunté—, ¿quién es ese secretario? ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde?

Daphne me miró con ojos brillantes por la excitación.

—¡Es verdad! Lee, ¿cómo no hemos caído antes en un detalle tan importante? Si la Ainslee reconoce que Ann Watsum tenía un secretario, es que tal secretario existe.

—Y —dije—, por lo tanto, lo único que debemos hacer ahora es buscarlo. ¿Por dónde empezamos, Daphne..., perdón, señorita Ossobaw?

Ella suavizó el gesto.

—Está bien. Daphne queda mejor, Lee —sonrió, Después de unos momentos de reflexión, añadió—: Quizá el conserje de mi edificio pueda decirnos algo, ¿no le parece?

—Excelente idea —aprobé—. Vamos para allá.

En el mismo instante, un coche tocó la bocina estridentemente detrás de nosotros. Me aparté a un lado para dejarlo pasar.

El automóvil nos adelantó a cincuenta millas a la hora. Ostrom iba al volante. Parecía muy preocupado; tanto, que ni siquiera reparó en nosotros.

Daphne tuvo de repente una inspiración.

—Sígalo, Lee.

CAPÍTULO VIII

El coche que ocupaba Ostrom se detuvo ante la puerta de un gran almacén, situado en el lado sudoeste de Santa Benita, fuera ya de la población. El almacén ostentaba en el frontis un gran rótulo.

AINSLEE BORAX CHEMICAL, INC.

Ostrom saltó al suelo y golpeó la puerta grande varias veces con los nudillos. Una más pequeña se abrió y el sujeto desapareció en su interior rápidamente, sin que hubiéramos podido ver la cara de quien le había franqueado el paso.

Salté del coche, que habíamos detenido a prudente distancia, tras un grupo de árboles que bordeaban la carretera en aquel lugar. Daphne me imitó en el acto.

—Me gustaría, saber a qué ha venido Ostrom aquí con tantas prisas —manifestó la muchacha.

—Podemos averiguarlo. O intentarlo —sugerí.

—¿Y cómo? —exclamó ella—. Al menos hay dos adentro; Ostrom y el que le ha abierto.

—Y posiblemente estarán armados —exclamé con desaliento.

Daphne abrió el bolso y extrajo un minúsculo revólver niquelado, con cachas de nácar, calibre 32.

—Ésta es nuestra artillería —dijo.

Me apoderé del arma.

—Vamos a ver qué podemos sacar —dije, rompiendo la marcha hacia el almacén.

Llegamos a la puerta en un par de minutos. Tonteeé el pomo; la puerta estaba cerrada con llave por dentro. De pronto escuché la

voz de la chica.

—Lee.

Volví la vista. Daphne estaba en la esquina sur y agitaba la mano, llamándome. Acudí a la carrera.

Una escalera saliente, adosada a la pared, ascendía hasta llegar a las cercanías del techo del almacén, cuya altura no era inferior a quince metros. Al final de la escalera corría una especie de pasillo aéreo, protegido por una barandilla, a lo largo de todo el muro y al pie de una serie de grandes ventanales que servían para proporcionar luz al interior del edificio.

—Vamos —dijo ella sin vacilar.

Emprendimos el ascenso sin pérdida de tiempo. Al llegar al corredor, tuvimos precisión de arrodillarnos, a fin de no ser vistos desde el interior del almacén, ya que el borde inferior de los ventanales llegaba a nuestra cintura.

El almacén contenía una serie de cosas que me parecieron muy extrañas en un principio. Había dos enormes máquinas —luego supe que eran sendas trituradoras—, varias cintas transportadoras y tres grandes tanques metálicos, de unos diez metros de altura por otros tantos de ancho, llenos de una sustancia blanca y pulverulenta, cuya composición no supimos adivinar en el primer momento. Divisamos también dos grandes camiones abiertos, cargados de grandes bloques de algo que parecía piedra caliza, y muchas cosas más, que no son de mencionar en el relato. Los tanques de madera tenían en la parte inferior un tubo expulsor, conectado a una máquina reguladora de la salida del polvo que contenían. Por el tubo se llenaban automáticamente los sacos, una vez molida la piedra en las trituradoras, de donde pasaba el producto a los tanques de almacenamiento y destrucción.

Para manipular en las trituradoras y en los tanques, había un par de escaleras que conducían a, una serie de corredores aéreos, que enlazaban entre sí por unos puentecillos de la misma construcción. En los costados de los camiones vi escrito el mismo rótulo del exterior. Entonces comprendí que nos hallábamos en presencia de una fábrica de Bórax y polvos de talco.

Al pie de una de las escaleras divisamos a Ostrom, en compañía de Nat y de Jeb, los cuales mantenían a dos sujetos bajo la amenaza de sus pistolas. Ostrom hablaba con los individuos, pero no

podíamos escuchar el diálogo.

De pronto, Daphne tiró de mi manga. La muchacha se arrastró hacia uno de los ventanales, en el cual faltaba un cristal. Procurando no ser vistos, miramos hacia abajo.

Los cinco hombres emprendieron el ascenso por una de las escaleras que conducían a la parte superior de los tanques. Yo me preguntaba de continuo qué pretendía hacer Ostrom con los dos prisioneros, a quienes razonablemente presumía como los que me llevaron de paseo la noche anterior.

Pronto iba a tener la respuesta. Ostrom se dirigió a uno de los prisioneros, cuyo rostro aparecía tumefacto a consecuencia de los golpes recibidos seguramente de manos de la pareja de gorilas.

—Por última vez —dijo Ostrom—, ¿quién era el que os ordenó liquidar al detective?

—Yo no sé nada —farfulló uno de los prisioneros—. Jasper lo sabía todo. Él nos dio las órdenes para actuar...

Jasper, deduje, era el muerto, el que había pretendido freírme los sesos.

—Esa excusa no vale —dijo Ostrom fríamente—. Si tú no quieres hablar, hablará tu compañero.

—Tampoco sabe nada —gruñó el sujeto.

—¿De veras? —Ostrom agarró al tipo por el cuello de la chaqueta y lo inclinó sobre el borde del tanque. El forajido se puso a chillar desesperadamente, pero Ostrom, con toda frialdad, con espantoso cinismo, le pegó un tremendo empujón, lanzándolo al centro de ir masa de talco.

El pandillero levantó una enorme nube de polvo blanco al caer en el talco. No se hundió de inmediato, sino que manoteó varias veces frenéticamente, intentando escapar de aquella masa pulverulenta e inconsistente, que le atraía hacia su seno con millones de impalpables tentáculos. Lenta, inexorablemente, fue hundiéndose en aquella especie de arenas movedizas en seco, hasta desaparecer por completo de nuestra vista. La superficie del talco se agitó varias veces, removida desde el interior por los frenéticos gestos del individuo en sus fútiles intentos por escapar, y luego poco a poco, con horripilante lentitud, volvió a adoptar de nuevo su forma lisa y sin alteraciones en la superficie.

Tragué saliva. De todas las muertes horrible que se le podían

infligir a una persona, aquélla era, seguramente, la más espantosa. Me imaginé al sujeto descendiendo lentamente en el interior de la masa de polvos de talco, esforzándose por no respirar, braceando enloquecidamente por ganar de nuevo la superficie y, finalmente, ahogándose cuando el talco le invadiese por completo sus pulmones. Seguiría descendiendo poco a poco hasta que su cuerpo tocara el fondo del tanque.

Miré a Daphne. La muchacha estaba palidísima y todo su cuerpo era un puro temblor. Como yo, había comprendido el espanto y el horror que encerraba la sádica acción de Ostrom. Pero ninguno de los dos podíamos evitarlo. Ni lo hubiéramos intentado por otra parte; hacemos visibles nos habría perdido inexorablemente.

Ostrom agarró al otro prisionero por el cuello.

—Hablarás tú ahora —rugió.

El superviviente estaba lívido. Había contemplado de cerca la muerte de su compañero y el espanto hacía brotar el sudor a chorros de su cara.

—Sí... sí —chilló espantado—. Lo... lo diré... Pero no quiero morir ahí... Soltadme..., os lo ruego...

Nat y Jeb presenciaban la escena impasibles. Ostrom dijo:

—Bien, chico, suéltalo de una vez.

El prisionero estaba tan espantado que su voz resultó inaudible para nosotros. Ostrom se inclinó para escuchar atentamente y asintió cuando el pandillero hubo, terminado.

—De acuerdo. Y ahora...

Súbitamente, el prisionero pegó a Ostrom un fuerte empujón. La suerte del pretendido secretario de la señora Ainslee fue que recibió el empujón en el pecho y reculó de espaldas, yendo a retroceder contra la barandilla del pasadizo. Nat se arrojó contra el pandillero, intentando detenerle.

Los dos hombres forcejearon terriblemente durante unos segundos. Nat lanzó un aullido de pánico.

—¡Ayúdame, Jeb!

En aquel momento un pie, no sé a cuál de los dos pertenecía, se salió fuera del pasadizo. Aferrados fuertemente como estaban, los dos hombres cayeron en el centro de la masa de talco, levantando otra enorme polvareda.

Sonó un aullido espantoso, interrumpido por un gorgoteo

horrendo, infrahumano, espeluznante. Los dos hombres forcejeaban enloquecidos, ansiosos de escapar de aquel infierno de polvo blanco que succionaba implacablemente sus cuerpos. De cuando en cuando, brotaban de sus labios unos gruñidos animales, de tonos sordos, opacos, emitidos a través de unas bocas y unas gargantas invadidas ya por el talco.

El polvo blanco absorbió con inexorable lentitud a los dos cuerpos, hasta que desaparecieron por completo de nuestra vista. El talco que flotaba en el ambiente se posó, poco a poco, y la superficie del tanque adquirió de nuevo su anterior aspecto.

Agarré con fuerza el brazo de Daphne.

—No grite, por lo que más quiera —susurré a su oído—. Si esos canallas nos ven, estamos perdidos.

Daphne asintió en silencio. Realmente, creo que no tenía fuerzas para hablar.

Continué mirando. Ostrom y Jeb estaban cubiertos de una tenue capa de polvo blanco que les confería un aspecto espectral.

—Diablos. —Jeb torció el gesto—, con esto no contaba yo, jefe.

Ostrom se pasó un pañuelo por la cara.

—Nat ha tenido mala suerte —comentó fríamente.

—¿Qué haremos con los fiambres?

—El tanque se limpia cada mes. Hace dos semanas que lo limpiaron, de modo que tenemos tiempo antes de que lo vacíen del todo. Los cuerpos estarán llegando ya al fondo, pero ya sabes que si no es para limpieza, el tanque no se vacía nunca totalmente. Vendremos un fin de semana, como hoy, y sacaremos los cadáveres para llevarlos a donde no los encuentren ya nunca.

—Está bien, como usted diga —asintió Jeb—. ¿Qué es lo que piensa hacer ahora que ya conoce el nombre del prójimo?

Los ojos de Ostrom relucieron peligrosamente.

—Déjalo de mi cuenta, Jeb. No puedo actuar precipitadamente; tengo que reflexionar bien lo que he de hacer.

—El tipo envió a esos tres a liquidar al detective. ¿No cree que debiéramos echarle el guante para que nos contara algo de lo que sabe? —sugirió Jeb.

—Es posible —concedió Ostrom—. En todo caso, repito, déjame pensarlo detenidamente. Ahora he de volver cuanto antes a casa de la señora Ainslee; dije que salía al Banco y si tardo demasiado, se

extrañará y empezará a hacer preguntas indiscretas. ¡Maldita mujer! —barbotó el criminal coléricamente—. Uno no puede mover las pestañas sin que esa pájara quiera saber por qué lo hago. ¡Vámonos!

Los dos sujetos se marcharon. Daphne y yo nos tendimos en el suelo del pasillo voladizo, a fin de no ser vistos desde el suelo. Esperamos en esta postura, hasta que escuchamos el rumor del coche de Ostrom que se alejaba a toda velocidad. Entonces nos sentamos en el suelo.

Saqué cigarrillos y fumamos unos momentos para tranquilizar nuestros nervios, rotos después de la intolerable tensión a que habían estado sometidos durante aquellos infernales minutos. Al cabo de un rato, Daphne, con voz quebrada, dijo:

—Lee, tenemos que avisar al sargento Pinnell.

—Sí. Ostrom y Jeb deben ser detenidos.

—¿Tendrá algo que ver con todo esto la señora Ainslee? —dijo ella especulativamente.

—No. Por lo que he podido deducir, Ostrom actúa, en este asunto, a espaldas tuyas.

—Pero ahora conoce el nombre del tipo que dio la orden de liquidarle a usted anoche, Lee.

—Eso es cierto —dije—. ¿Quién será? ¿El secretario de la Watsum? —sugerí.

Daphne estiró las piernas y apoyó la cabeza en la pared del almacén.

—Dijimos antes que hay tres bandos en disputa por la posesión del fichero. Uno de ellos ha quedado exterminado en su casi totalidad, a excepción del jefe, cuya identidad desconocemos. El otro está compuesto por Ostrom y Jeb. El tercero, en fin, es muy posible que esté compuesto, únicamente, por el desconocido secretario de Ann Watsum, tan sospechoso como los demás de haberla asesinado, para quedarse con el fichero y empezar a chantajear a diestro y siniestro. ¿Qué le parecen mis deducciones, Lee?

—Correctas, Daphne. Pero antes, si mal no recuerdo, hablamos de interrogar al conserje del edificio en que usted reside. ¿Por qué no lo hacemos?

—¿Sin avisar antes al sargento Pinnell?

Reflexioné unos instantes.

—Podríamos dejarlo correr, ¿no cree?

—Eso no está bien. Hay tres muertos...

—Bien rebozados en talco —bromeé macabramente.

A Daphne no le gustó la chanza; puso cara seria.

—Escuche —añadí—, si avisamos a Pinnell, detendrá a Ostrom, pero corremos el riesgo de no saber quién es el autor de la muerte de Glenda Dahoe ni tampoco el paradero del cajoncito con las fichas. Ostrom no sabe que nosotros le hemos visto; por lo tanto, seguirá haciendo su vida normal. Podemos, por tanto, echarle el guante en el momento que nos apetezca. Mientras tanto, les someteremos a una estrecha vigilancia y quizá ellos nos conduzcan, sin saberlo, por supuesto, al objetivo.

Daphne meditó sobre mi proposición.

—No es mala idea —dijo al cabo—. A fin de cuentas —agregó—, les hemos visto cometer dos crímenes. Pero ellos no debieron matar a la señora Dahoe. Así que, dándoles carrete, encontraremos al asesino de las dos mujeres y de paso el archivo.

—Exactamente lo mismo pienso yo. Y ahora, vamos a ver al conserje.

Descendimos la escalera y nos dirigimos al lugar en donde habíamos dejado el coche. Cuando me disponía a abrir la puerta del vehículo, Ostrom y Jeb salieron de la arboleda empuñando sendas pistolas.

CAPÍTULO IX

Hay ocasiones en que la frase quedarse frío no es mera retórica. En aquella ocasión, Daphne y yo nos quedamos como si de repente nos hubieran zambullido en las aguas del Océano Glacial Ártico.

En aquel lugar, la circulación era escasa y, además, ellos estaban del lado que no podían ser vistos. Por otra parte, el asombro nos había paralizado, de modo que cuando quisimos reaccionar, era ya tarde.

Acordándome del tanque de polvos de talco, tragué saliva. Si aquellos tipos nos iban a lanzar a semejante lugar...

Ostrom y Jeb llegaron a nuestro lado. El primero sonrió torvamente; en cuanto al segundo, tenía la cara de cemento, y no lo digo por la dureza de sus facciones, con ser bastante, sino por su inmovilidad.

—Pasen adentro, los dos —ordenó Ostrom secamente—. Al asiento delantero.

Me senté tras el volante y Daphne a mi lado. Permanecemos silenciosos, completamente inmóviles.

Ostrom y su acólito se sentaron detrás. Ostrom apoyó la boca de su pistola en la base de la nuca de Daphne, ocultando el arma casi totalmente bajo sus rizos de bronce.

—Holter —advirtió con voz metálica—, conduzca suavemente hasta el almacén. Si pasa de las diez millas horarias, le abraso.

Puse en marcha el auto y conduje lentamente, hasta el lugar señalado. Una vez allí, Jeb se apeó y abrió uno de los grandes batientes del portón.

—Adentro.

Metí el vehículo en el interior del almacén. Jeb cerró cuidadosamente.

—Ahora bájense. Los tíos con las manos por encima de la cabeza —siguió Ostrom.

Miré a Daphne. La muchacha estaba pálida y su labio inferior temblaba ligeramente.

Ostrom dijo:

—Fueron ustedes muy descuidados. Debieron haber dejado el coche mucho más lejos. Lo reconocí al pasar y, claro, supuse que debían hallarse por las inmediaciones.

—Y entonces nos esperaron.

—Sí —dijo Ostrom complacidamente.

—¿Piensan arrojarnos también al tanque de los polvos de talco? —pregunté.

—De modo que lo vieron todo, ¿eh?

—Sí. Y permítame que le diga que cuando la policía...

—No le permito que me diga lo que hará la policía si me atrapa. En primer lugar, lo sé; y en segundo, no me atraparé, así que ahórrese su discurso, Holter.

—En cambio, puede decirnos qué es lo que piensa hacer con nosotros dos.

—No tardará mucho en saberlo —contestó Ostrom—. ¡Jeb, maldito!, date prisa.

Empecé a sentir pánico. El sujeto había sido muy astuto y nosotros, muy inocentes, dejándonos cazar como corderitos.

Jeb vino al fin con dos sillas y un rollo de cuerda.

—Siéntense —ordenó Ostrom.

En un par de minutos, Daphne y yo estuvimos atados como salchichas. Ostrom guardó la pistola.

—Jeb, yo no puedo entretenerme ahora; he de volver a casa. Vigíalos atentamente; regresaré lo antes que me sea posible. Entonces veremos qué se ha de hacer con esta pareja.

—O. K., jefe.

Ostrom se marchó. Jeb se apoyó en un saliente, frente a nosotros, y quedó en actitud expectante, jugueteando con una pistola negligentemente, pero sin perdernos de vista un solo momento.

Las sillas donde nos habían atado, se hallaban al pie de una gran trituradora, en sentido lateral, de modo que teníamos la máquina a nuestra derecha. Daphne estaba mucho más cerca del aparato que

yo. En cuanto al forajido, estaba a cinco o seis pasos a nuestra izquierda, y algo por delante, fumando impasiblemente, sin perdemos ojo.

—Parece que no somos tan buenos detectives como pregonamos —dije al cabo de unos minutos de silencio, para romper el tedio que nos envolvía.

Daphne hizo una mueca.

—Ellos han tenido suerte y nosotros no, eso es todo.

—Me gustaría saber por qué nos han salvado la vida, en lugar de lanzarnos de cabeza al tanque.

—Quizá esperan obtener de nosotros alguna información. ¿No es eso cierto, gorila? —Daphne se dirigió al sujeto en tono ofensivo.

—Cállense —gruñó Jeb aburridamente.

Moví las manos, tratando de forzar los nudos. Jeb los había hecho a conciencia. Imposible soltarlos, si no nos ayudábamos el uno al otro. Podríamos hacerlo, pero para ello deberíamos situarnos espalda contra espalda; y estaba claro que el gorila no nos lo iba a permitir.

Los minutos transcurrieron lenta y tediosamente. Por más esfuerzos que hacía, a fin de discurrir un método seguro de evasión, no conseguía encontrar ninguno. Daphne y yo nos mirábamos con frecuencia, pero nos era imposible entablar una discusión sobre el mejor medio de marcharnos de aquel lugar. Así pasaron un par de horas.

Jeb continuaba inmóvil, sin dejar de jugar con su pistola. Parecía que el aburrimiento no le afectaba. En cuanto a mí, temblaba de puro pánico, cada vez que pensaba que Ostrom podía presentarse de un momento a otro y ordenar nuestra muerte.

De pronto pareció sonar ruido en la parte exterior del almacén. El pistolero se irguió, mirando hacia la puerta. Luego, arrojándonos una mirada suspicaz, caminó de puntillas hacia aquel lugar, volviéndonos la espalda por breves momentos.

Hacía ya tiempo que lo venía pensando, pero sólo me faltaba la ocasión propicia. Rápidamente y en voz baja, dije:

—Daphne, cuando vuelva ese gorila, finja desmayarse y déjese caer hacia su derecha.

Ella asintió con breve pestañeo. Pude ver que Jeb abría ligeramente la puerta y que miraba hacia el exterior, pero no estuvo

mucho tiempo. Al parecer se había tratado de una falsa alarma.

Regresó junto a nosotros y se metió un cigarrillo en la boca. Pasaron míos minutos, cinco, diez, no lo recuerdo exactamente.

Súbitamente, Daphne exhaló un gran suspiro y, después de doblar la cabeza a un costado, se dejó caer con silla incluida hacia el lado derecho.

—¡Se ha desmayado! —grité—. ¡Tal vez ha muerto de un colapso cardíaco!

—Tonterías —bufó el pandillero—. Es una chica joven y fuerte. ¿Cómo le va a fallar el corazón? ¿Pretende hacerme pasar por tonto?

—Por tonto y por asesino —dije duramente—. Usted no está atado, pero nosotros, sí. Ha apretado demasiado las ligaduras y... ¿qué cree que le pasa al corazón cuando no tiene sangre que bombear? Se para, ¿no, estúpido?

Jeb abrió la boca. Aquella posibilidad no se le había ocurrido. Empezó a mostrar consternación.

—Conocí una vez el caso de un individuo al que se le detuvo el corazón sólo por llevar demasiado prieto el cuello de la camisa —seguí lanzando dardos—. Y era un tipo fuerte y robusto como usted, no vaya a creer. La chica y yo tenemos los muslos y las manos totalmente sin circulación, de modo que no le extrañe que ella se haya desmayado y aun sufrido un colapso. Llevamos más de dos horas atados y...

—¡Oh, cállese ya! —Gruñó Jeb, exasperado. Abandonó el lugar en que se hallaba y se dirigió hacia donde se hallaba Daphne.

Para hacerlo tenía que pasar por delante de mí. En el instante en que lo hacía, alargué malignamente el pie derecho.

Jeb trastabilló, a la vez que manoteaba ridículamente para mantener el equilibrio. Dio un par de pasos de cualquier manera y, finalmente, arrastrado por su impulso, cayó de bruces.

Se oyó un sordo chasquido. Su frente acababa de chocar contra la base metálica de la trituradora. Jeb quedó completamente inmóvil.

—Daphne —exclamé.

—Estoy bien, Lee —contestó ella.

—Me alegro. El gorila parece haber perdido el conocimiento. Vamos a ver si ahora podemos desatarnos entre los dos.

—Sí, pero dese prisa. En cualquier momento puede despertar y eso nos sería fatal.

—De acuerdo.

Empecé a arrastrarme con la silla, hasta situarme a su lado. Entonces, giré y quedé de espaldas a ella, a continuación de lo cual, me vencí hacia mi costado izquierdo.

Con ayuda del hombro izquierdo y de un pie, me fui arrastrando por el suelo hasta quedar junto a la muchacha. Entonces empecé a mover las manos.

Desatar a Daphne me costó media hora larga, durante la cual pasé los mil sudores y agonías, temiendo que el gorila se despertase en cualquier momento. Por fin pude oír a la muchacha que tenía una mano libre.

Cinco minutos más tarde, estábamos libres los dos. Lo primero que hice fue apoderarme de la pistola de Jeb.

Volví boca arriba al pistolero. El corazón seguía latiéndole normalmente, lo cual me probó que solamente se había desvanecido. Con una de las cuerdas, le até sólidamente. Al terminar miré a Daphne.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Llamar a Pinnell, supongo —respondió ella.

—Muy bien. Vamos a buscar el teléfono.

Resultó que no había teléfono en el almacén.

—No tendremos otro remedio que buscar uno público —dije, guardando la pistola en el bolsillo.

—De acuerdo —dijo Daphne.

Unos momentos más tarde, nos hallábamos a bordo del coche, lanzado a toda la velocidad permitida por las ordenanzas en aquel sector. Dos millas más adelante, descubrimos una estación de servicio.

Detuve el coche. Saltamos al suelo y corrimos en busca de la cabina telefónica. Daphne se puso en comunicación con el sargento Pinnell, al cual participó lo sucedido.

Después colgó y dijo:

—Estoy desfallecida, Lee.

—Lo mismo me sucede a mí. Vamos a tomar un bocadillo.

Cuando estábamos a mitad, oímos pasar un coche patrullero a toda velocidad. Quise levantarme del taburete, pero Daphne me

detuvo el gesto.

—Que lo hagan ellos. Ya hablaremos más tarde son el sargento Pinnell. Nosotros tenemos que hacer ahora otra cosa, recuérdelo.

—Hablar con el conserje.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Exacto.

Cuando terminamos, la tarde había avanzado ya notablemente. Volvimos al coche y nos dirigimos a buena marcha hacia el centro de la ciudad.

* * *

El conserje del edificio donde residía Daphne era un tipo cooperador y simpático, que respondía al nombre de Stanley, Stan para abreviar.

A las primeras preguntas, dijo que sí, que había conocido bastante a Anna Watsum.

—Pero nunca oí hablar que tuviera un secretario —manifestó.

—¿Seguro, Stan? —preguntó Daphne.

—Bueno, yo no sé si lo tenía o no. Alguna vez, Tenían hombres a visitarla, pero tales visitas no eran demasiado frecuentes. En general, la vida de la señora Watsum era más bien retraída, no porque se pasara los días encerrada en su apartamento, sino porque siempre salía y volvía sola. Llevaba aquí un año y, como digo, recibió muy pocas visitas; cinco o seis en todo ese tiempo. Yo hago el turno de día, de modo que si las recibía por la noche, ya no puedo decir nada al respecto.

—Por la noche me parece improbable —opiné—. ¿No cree usted lo mismo, Daphne?

La chica se mordió el labio inferior, sumamente preocupada.

—Sí, es cierto —dijo—. Muchas gracias, Stan.

Subimos en el ascensor hasta su despacho, en el cual nos encerramos. Mientras ella se cambiaba de ropa, yo preparé dos bebidas.

Daphne salió minutos más tarde. Le entregué un vaso.

—¿Cuál es el siguiente paso que hemos de dar? —pregunté.

Ella hizo un gesto de desaliento.

—No lo sé, Lee —contestó—. Francamente, no lo sé.

—Pues yo sí lo sé —expresé en tono rotundo—. Descansar. —
Miré mi reloj—: Son ya las siete y media. Ahora no vamos a poder
hacer nada práctico, de modo que lo mejor será olvidar todo hasta
mañana por la mañana. Estaré aquí a las nueve, Daphne.

Cuando llegué a la puerta, señalé la llave.

—Cierre por dentro y no abra a nadie.

Ella sonrió levemente.

—Así lo haré, Lee.

CAPÍTULO X

Eran las nueve de la mañana, cuando me encontré a Daphne en su despacho, con el sargento Pinnell. El rostro de la muchacha aparecía cubierto de sombras. Intuí apenas verla que había sucedido algo grave.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Ostrom y Jeb han desaparecido —manifestó Daphne sin ambages—. ¿Quiere una taza de café?

—Sí, claro —contesté aturdidamente—. De modo que la pareja se ha esfumado, ¿eh?

—Sí. —Pinnell soltó un resoplido—. Al parecer, Ostrom llegó al almacén apenas se habían marchado ustedes. Debí encontrar atado a su compinche, lo soltó y se largaron.

—¿Tiene alguna idea de a dónde pueden haber ido?

Pinnell meneó la cabeza.

—Hemos cursado órdenes a todos los aeropuertos y estaciones de autobús y ferrocarril. La frontera deba estar también muy vigilada. Pero hasta el momento, todas las pesquisas han resultado infructuosas.

Daphne me trajo el café prometido. Tomé un sorbo.

—¿Habló con la señora Ainslee? —pregunté.

—Sí, pero ella no tiene la menor idea del paradero de su secretario. Alega, y en ello tiene razón, que no es responsable en modo alguno de las acciones delictivas de Ostrom. A propósito —añadió el policía—, hice analizar los cigarrillos.

—¿Y...?

—Estaban opiados. Un pequeño y, hasta cierto punto, paraíso artificial.

—Al cual puede habituarse uno a la larga —sugerí.

Pinnell hizo un gesto ambiguo.

—Tengo la sospecha de que Ostrom está mezclado en todo este endiablado asunto, pero me parece que no es él solo.

—Eso mismo creemos también nosotros —manifesté—. Ostrom se mostró particularmente muy interesado en conocer el nombre del jefe de los dos pandilleros a quienes arrojó al tanque de polvo de talco. Ahí —agregué— está el intrínquilis, la base de todo. No es de extrañar que haya dos bandos en lucha por la posesión de un archivo que puede proporcionar a su propietario pingües rendimientos, si se dedica al chantaje.

—Lo malo es —dijo Pinnell— que no conocemos a una sola de las víctimas anotadas en el fichero; de lo contrario, podríamos entrevistarnos con alguna de ellas y sugerirle nos avisara en cuanto la hicieran objeto de presión.

—Conocemos a la señora Ainslee —apuntó Daphne.

—La señora Ainslee —dije— expresó su desdén hacia cualquier clase de chantaje. Por ese lado, pues, no sacaremos nada en limpio.

Pinnell levantó sus manos al cielo.

—No sé qué diablos hacer, la verdad. —Se puso en pie—. Bueno, al menos, habrá que dar vueltas por ahí. Adiós —y se marchó con un gesto de enfado retratado en su rostro.

Daphne y yo nos quedamos solos.

—¿Qué rumbo tomamos, jefe? —pregunté.

Ella apoyó su linda barbilla en una mano.

—Si pudiéramos saber quién es el sujeto que mandaba a los forajidos que intentaron matarle —dijo.

—Bueno, entonces tendríamos adelantada la mitad del camino. Supongo —añadí—, que debe ser el pretendido secretario de Ann Watsum. Pero Stan dijo no conocerlo.

—A mi entender, el negocio de la Watsum se efectuaba principalmente por teléfono. Seguramente, ese secretario, debía pasarle sus informes verbalmente y ella, entonces, obraba en consecuencia.

—¿Informes? ¿Qué clase de informes, Lee?

Encendí un cigarrillo con gesto displicente.

—Oh, pues dado lo que he podido averiguar... damas que se encontraban solas y aburridas y necesitaban un aliciente para no morir de hastío.

Daphne apretó los labios.

—Voy entendiendo —dijo.

—Y entonces, por una buena comisión, la Watsum se encargaba de proporcionarles esas distracciones —añadí—. En la zona de Los Ángeles, hay más mujeres solas y ricas por kilómetro cuadrado que en cualquier otra parte del mundo. La mayoría están aburridas, principalmente a causa de su misma riqueza; son fracasadas sentimentales y cansadas de todo. Los buenos servicios de Ann Watsum debían servir para aliviar su soledad y ellas, naturalmente, se los debían recompensar de modo casi principesco. La misma abundancia de dinero les impedía salir a la calle a buscar una compañía para su soledad; debían encomendar ese trabajo a una persona de confianza, ¿me va comprendiendo?

—Perfectamente —dijo Daphne—. Y, supongo, el secretario iría por ahí buscando continuamente nuevos nombres para el fichero de la Watsum.

—Así debía ser, por lo que, en mi opinión, debemos buscar a ese secretario a todo trance.

—Sí, pero ¿cómo? —murmuró ella, desalentada.

Callamos durante unos momentos. De pronto, se me ocurrió una idea.

—¿Daphne?

La muchacha me miró interesadamente.

—¿Sí, Lee?

—Escuche, tengo entendido que en la central automática de Teléfonos quedan registradas todas las llamadas que recibe un teléfono.

Los ojos de Daphne brillaron.

—Claro. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? —exclamó—. Vamos a investigar sin pérdida de tiempo, Lee.

—Un momento —dije—. Daphne, los de Teléfonos no querrán facilitarnos esos datos si no vamos provistos de un documento legal. Recuerde que el registro de llamadas está sujeto a lo que pudiéramos llamar secreto profesional.

—Es cierto —concordó ella—. Pero no debe preocuparse por una minucia semejante, Lee. Aguarde un momento. ¿De qué me serviría, si no, mi amistad con el sargento Pinnell?

Torcí el gesto.

—Encuentro esa amistad un poco extraña, la verdad.

Ella se echó a reír, mientras marcaba el número de jefatura en el disco telefónico. Pero no aclaró por qué se reía.

* * *

Una hora más tarde, una empleada de la Compañía de Teléfonos nos enseñaba una larga lista de números desde los cuales se había llamado al

EN-3

— 600.

—En los tres meses últimos, éstas son todas las llamadas recibidas por ese número —manifestó la mujer—. Todas, invariablemente, pertenecen a teléfonos públicos.

Daphne y yo nos miramos mutuamente.

—Los tipos eran listos —rezongué—. No querían dejar rastros detrás de sí.

Daphne se mordió los labios.

—Ésta es una posibilidad que se nos evapora, Lee.

Empecé a pensar a toda presión. De pronto recordé un detalle.

—Daphne —dije—, cuando yo estaba con la señora Dahoe sonó el teléfono.

—Es cierto, pero eso no tiene la menor importancia.

—¿Y por qué no había de tenerla? Imagínese que alguien hubiera sabido de mi presencia en aquella casa. De acuerdo con un cómplice, el asesino podría haber acordado una hora determinada para hacer la llamada, a fin de cometer su crimen estando yo en la casa.

Ella asintió pensativamente.

—Es muy probable, Lee. El asesino estaría emboscado, aguardando el momento propicio.

—Recuerde. Yo era un tipo sin trabajo, necesitado de dinero. El tipo ideal para cometer un crimen, ya que las joyas de la señora Dahoe fueron robadas después de apuñalarla.

—Es cierto —dijo la muchacha—. Pero entonces, significaría que Ann Watsum estaba implicada en el asesinato.

—Claro. Ya lo dijo Glenda Dahoe segundos antes de morir. «Ann... sabe...». De modo, que la señora Watsum pudo calcular el

tiempo que yo emplearía para llegar a casa de Glenda Dahoe y efectuar la llamada, de acuerdo con su cómplice, posiblemente, ese desconocido secretario. Tengamos en cuenta, además, que sabía que Glenda y yo estaríamos solos en la casa, ya que la sirvienta negra había salido. Así eliminaba un posible testigo comprometedor y me dejaba a mí como el único autor del crimen.

Daphne meditó hondamente sobre las palabras que acababa de escuchar.

—Pero en todo caso, no conseguiremos nada.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que si la llamada tele —iónica fue hecha con el único fin de apartar a Glenda de su lado y permitir que el asesino realizara su labor impunemente y sin testigos, debieron efectuarla desde una cabina pública.

—Bien —dije—, eso es cierto, pero con probar no perdemos nada.

Me volví a la empleada de Teléfonos y le dije que investigara acerca de una llamada hecha al número de la señora Dahoe, dos días antes.

La empleada volvió quince minutos más tarde.

—La llamada fue hecha desde el teléfono

CE-4

— 415 y está registrado a nombre del señor Mark W. Painton, Crystal Avenue, 600.

Anoté los datos en un trozo de papel.

—Gracias, señorita —dije. Agarré el brazo de Daphne y la empujé hacia la salida—. Vamos a ver a ese señor Painton.

Mientras rodábamos en dirección a Crystal Avenue, Daphne dijo:

—Lee, ¿no le parece raro que en las anteriores ocasiones, en que la cosa no implicaba una muerte, se utilizara un teléfono público, sin excepción, y ahora se haya empleado un teléfono cuyo dueño es perfectamente conocido?

Reflexioné sobre las palabras de la joven. Daphne tenía razón, en efecto. ¿Por qué dejar rastro en una ocasión tan comprometida?

Por el momento, me resultaba imposible hallar una respuesta a la pregunta.

—Tendrá que decírnoslo el mismo señor Painton —dije al cabo.

Un cuarto de hora más tarde, llegábamos a Crystal Avenue y

deteníamos el coche frente al número 809, uno de los pocos edificios destinados a apartamentos de Santa Benita. Detuve el coche y penetramos en la casa, dirigiéndonos a la recepción sin pérdida de tiempo.

El recepcionista era un sujeto de ojos miopes y aspecto receloso. Apenas le preguntamos por Painton se puso en guardia.

—Hace tiempo que no viene por aquí —esquivó una respuesta definitiva.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Oh, una semana, dos tal vez.

—Precise el tiempo —dijo Daphne perentoriamente.

El recepcionista nos miró con desagrado.

—Oiga, ¿quiénes son ustedes? No me gusta que se moleste a la gente que vive aquí con preguntas estúpidas...

Agarré al tipo por la corbata y lo atraje hacia mí.

—Estamos investigando un asesinato —dije secamente—. O nos dice usted dónde está el señor Painton o tendrá que decírselo al sargento Pinnell. ¿Ha, leído los periódicos de ayer y de anteayer?

El tipo no era analfabeto. Se puso pálido y sacó la lengua para mojarse los labios.

—Sí, los he leído —dijo. Tras alguna vacilación, añadió—: La verdad es que después de dos semanas de ausencia, el señor Painton vino anteayer a media mañana. Estuvo como una hora y luego se marchó.

—¿No le dijo cuándo volvería?

—En absoluto. Era un tipo muy reservado; no le gusta que se metan en sus asuntos. Como a la mayoría de los huéspedes, claro.

Vacilé un momento. Lo mismo que Daphne, me sentía irresoluto. De pronto, ella dijo:

—¿Quiere describirnos al señor Painton?

—Bien, es alto, más o menos como usted, cabello negro y bien parecido. No puedo decirles mucho más, es la verdad.

—¿Conocemos usted y yo a un sujeto de esas características? —pregunté a la muchacha.

Ella meneó la cabeza.

—No, que yo recuerde. —De pronto chasqueó los dedos—. Lee, quizá encontremos algún rastro en su apartamento.

—Bien, no es mala idea. Sobre todo, si el amigo recepcionista

nos presta su llave maestra. —Le miré intencionadamente.

El tipo sacudió la cabeza.

—Eso es algo que me está vedado...

Metí la mano en el bolsillo. Un billete de veinte dólares revoloteó ante sus ojos.

—¿Levanta esto la prohibición, amigo? —dije, en tono sugerente.

El tipo ni se inmutó. Abrió el cajón que tenía detrás del mostrador y sacó una llave. Me la entregó con una mano, en tanto que con la otra se apoderaba del dinero.

—Quinta planta, letra E —dijo con voz neutra.

Miré a Daphne.

—Incluya los veinte en la nota de gastos —dije, a la vez que la empujaba hacia el ascensor.

CAPÍTULO XI

Entramos en el apartamento de Painton, Era de los que se alquilan ya amueblados, de modo que su decoración evidenciaba la absoluta carencia de imaginación de sus constructores. Habitaciones semejantes podían verse en revistas baratas de decoración a centenares, todas iguales, todas con los mismos muebles, los mismos cuadros y hasta la misma falsa chimenea adosada a vino de los muros del vestíbulo.

Empezamos a registrar minuciosamente, una por una, todas las estancias del apartamento. Había un despachito, pero no encontramos en él otra cosa que algunos libros de temas vulgares y papel de escribir en blanco. Ni un rastro, ni una indicación; nada, en fin, que pudiera sugerirnos el paradero actual de Painton. Tampoco encontramos fotografías suyas; el sujeto no era hombre a quien le gustase dejar huellas detrás de sí.

Las habitaciones estaban absolutamente en orden. Pero aquello no era lógico ni congruente. Cuando una persona habita un apartamento, siempre deja una impronta personal suya, por pequeña que sea, cualquier detalle, en fin, que sirve para dar una ligera idea de su personalidad.

Por no haber, no había ni ropas personales. Los armarios y cajones estaban absolutamente vacíos. Esto nos desconcertó terriblemente.

—No entiendo por qué el tipo alquiló el apartamento —dijo Daphne.

—Quizá se llevó todo lo suyo, aunque continuó pagando el alquiler —sugerí.

—Sí, pero ¿por qué? ¿Qué razones le impulsaron a actuar de esa manera?

—Quizá había planeado hacía tiempo ya el asesinato de Glenda Dahoe —opiné—. Vino, hizo la llamada y desapareció para siempre. Saqué cigarrillos. Fumamos en silencio.

—El recepcionista dijo que era alto, moreno y bien parecido —musitó Daphne como hablando a solas—. Lee, creo que nosotros conocemos a un tipo que responde a esas características.

Miré a la muchacha con renovado interés.

—¿Quién?

—Fran Mendoza, el prometido de la señora Ainslee.

—Es verdad —exclamé—. Pudiera ser uno de los sujetos mezclados en este asunto. Y —añadí—, tiene todo el aspecto de aprovechar sus indudables atractivos masculinos con las mujeres.

—Entonces, ¿por qué aquí se hace llamar Painton?

—Si Painton es Mendoza —dije—, resulta indudable que tiene algo que temer. Una persona decente no usa dos nombres, creo yo.

—En eso tienes razón. ¿Por qué no vamos a entrevistarnos de nuevo con la señora Ainslee?

—Muy bien —aprobé—. Es una excelente idea. Así como así, nuestra conversación distó mucho de ser satisfactoria. Ella se mostró, a mi entender, demasiado reticente y orgullosa.

—Tenía a Ostrom empleado, recuerda.

—Pero ello no significa que la señora Ainslee fuera su cómplice.

—Sin embargo, debemos tener en cuenta que la Watsum trató de hacerle objeto de un chantaje. Pudo deshacerse de ella para evitarse ciertas molestias, pese a sus pretendidos alegatos de indiferencia hacia el chantaje.

—Es cierto, aunque no debemos olvidar en ningún momento que debemos empezar por la muerte de Glenda Dahoe, que es la primera en el orden de los crímenes.

—Sí —dijo Daphne—. Y lo mejor será entrevistarnos de nuevo con la señora Ainslee. Vamos, Lee.

Nos: dirigimos hacia la puerta. En el momento en que nos disponíamos a abrirla, Ostrom y su acólito penetraren en el apartamento.

* * *

Resultaba evidente que ellos estaban tan sorprendidos como

nosotros de encontramos allí, pero reaccionaron antes. En un santiamén, Daphne y yo nos vimos encañonados por dos pistolas de pavoroso aspecto.

—Adentro —dijo Ostrom en voz baja y penetrante.

Daphne y yo retrocedimos a un tiempo. La amenaza era evidente. No podíamos hacer otra cosa que obedecer.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Ostrom dijo:

—Fueron muy astutos.

—Bien, no iba a pretender usted que permaneciéramos como corderitos, esperando el cuchillo del carnicero —respondí, tratando de mantener la serenidad.

—Si se hubieran portado bien, no pensábamos haberles matado —rezongó Ostrom, haciendo una mueca.

—¿Qué entiende usted por portarnos bien? ¿Callar las tres muertes que se produjeron ayer en el almacén de Bórax?

Ostrom se inclinó hacia mí.

—Quiero que me entregue una cosa, Holter —dijo—. Si lo hace, le empeño mi palabra de dejarlos libres a los dos.

Le miré sin pestañear.

—No puedo comprometerme a guardar silencio sobre tres muertes que vi producirse ante mis ojos —respondí—. Dos de ellas, naturalmente, sendos asesinatos.

—¡Bah! —farfulló Jeb—. Eran unos imbéciles. El mundo se sentirá mucho mejor sin esos tipos.

—Y sin usted también —dije—. Ya veremos lo que sucede cuando lo sienten en la cámara de gas de San Quintín.

Jeb levantó la mano y la estrelló contra mi rostro. Caí de espaldas, con los pies por alto y sintiendo dentro de mi cabeza el tintineo de mil campanillas.

—Cuidado —dijo Ostrom—. No le castigues demasiado.

Jeb me atizó un soberbio puntapié en el costado.

—Levántate, maldito bastardo —dijo coléricamente.

—No le haría eso si él llevara una pistola —exclamó Daphne.

Jeb fue a golpearla, pero su jefe detuvo el gesto.

—Está bien, basta ya de golpes. Levántese, Holter.

Me puse en pie, sintiéndome muy desanimado. Daphne me dirigió una mirada consoladora, pero aquello no aliviaba el dolor de mi costado.

—Están en nuestras manos —manifestó Ostrom—. Ya sé que argüirán que si los matamos aquí, el recepcionista dirá que fuimos nosotros, pero cuando estén muertos, les importará muy poco nuestra suerte. Así que lo mejor será hacer lo que hacen los políticos: negociar.

—¿Negociar? —dijo Daphne ávidamente.

Ostrom le dirigió una oscura mirada.

—Sus vidas a cambio de lo que buscamos.

—Seguramente —dije—, se refieren ustedes al cajoncito con las fichas de Ann Watsum.

—Sí —dijo el tipo simplemente.

—¿Qué le hace suponer que lo tengo yo? —pregunté.

—¿Y quién otro podría tenerlo?

—Me parece que usted no sabe bien lo que busca —expresó—. ¿Qué hará cuando tenga el cajón en su poder? La policía le busca por dos asesinatos, sin contar las muertes de Glenda Dahoe y Ann Watsum...

—¡Yo no las maté! —barbotó Ostrom.

—Lo mismo da. Mató a dos hombres y eso cuenta. Por lo tanto, es evidente que no puede seguir andando libremente por la calle. En el momento en que intente chantajear a una de las mujeres que figuran en el fichero, la policía se le echará encima...

Ostrom sonrió con evidente aire de superioridad.

—En primer lugar, no me quedará en Santa Benita, por supuesto. Un buen día, una de mis víctimas recibirá una carta desde Norfolk, Virginia, por ejemplo; rogándole envíe cierta cantidad de dinero a la lista de Correos de Port Hurón, Michigan. Esa dama lo hará, temerosa de que salgan a la luz pública ciertos detalles de su vida que deben ser mantenidos en se —creo. Y yo...

—Usted se dedicará al turismo intensivo por toda la nación, ¿no es cierto? —le interrumpí sarcásticamente.

—Usted lo ha dicho, Holter —expresó el asesino sin inmutarse.

—Pero olvida una cosa.

—¿Cuál?

—Que corre el riesgo de encontrarse con una dama como la señora Ainslee, carente en absoluto de prejuicios, que pueda denunciarle a la policía. ¿Qué hará usted entonces?

Era evidente que el tipo no había calculado semejante

posibilidad, porque se quedó cortado.

—La señora Ainslee es una excepción —refunfuñó.

—Bueno, de todas formas, debe usted prevenir todos los riesgos. Puede que el asunto le de resultado diez veces. A la undécima, habrá una individua que irá con su carta a la policía. Y la policía sabe ser discreta, cuando conviene. Por regla general, todas esas damas ligeras de cascos son ricas e influyentes. Usted no ignora que la policía de toda la zona de Los Ángeles se cuida mucho de que las gentes ricas no sean molestadas por chantajistas, timadores y estafadores. De vez en cuando, un caso sale a la publicidad, inevitablemente, pero por cada caso que se hace público, la policía, lo mismo la de Los Ángeles, que la de Burbank. Pasadena o Santa Benita y no digamos nada la de Beverly Hills, resuelve diez sin que lo sepan más que los interesados. ¿Qué piensa hacer: vagar por los Estados Unidos con un cajón lleno de fichas bajo el brazo? Eso es sencillamente estúpido, Ostrom, y usted lo sabe.

El rostro del forajido se deformó a impulsos de la rabia que sentía. Su mano se crispó sobre la culata de la pistola.

—Por otra parte —continué imperturbable—, ¿qué piensa hacer, además? ¿Llevar continuamente ese apéndice con figura de gorila que tiene al lado? Estas cosas las hace mejor uno solo, sin ayuda de nadie. —Miré al gorila—. Jeb, si no te espabilas, estoy viéndote como Nat, en el fondo de un tanque lleno de polvos de talco.

El esbirro trató de analizar mis palabras. Daphne me miró interesadamente; comprendía que yo trataba de sembrar la duda y la desconfianza en el ánimo del sicario.

—Diablos, Jeb —rezongó Ostrom—, tú no creerás que yo voy a jugarte esa mala pasada, ¿verdad? Repartiremos el dinero que obtengamos en la forma acoréis da: un treinta y cinco para ti y un sesenta y cinco para mí.

—El pesquisa tiene razón —murmuró Jeb—. ¿Qué pasará cuando tenga usted el cajoncito con las fichas?

—Bueno, te lo entregaré a ti y tú lo guardarás en la forma que mejor te plazca. Así verás que no tienes por qué desconfiar de mí, Jeb.

El gorila consideró la propuesta.

—De todas formas, eso de andar de aquí para allá no me convence demasiado. Los policías nos están buscando como locos y

si nos atrapan, acabaremos gaseados —masculló.

—Ahora se piensan que tratamos de escapar hacia Méjico. No sospechan siquiera que seguimos en Santa Benita —alegó Ostrom.

—Fue un mal asunto que estos tipos nos vieran —rezongó Jeb—. Debíamos haberlos matado en el acto.

—Entonces, nos habríamos quedado sin las fichas, pedazo de idiota —masculló Ostrom de mal talante.

—Bueno, sí, pero ¿es seguro que las tiene éste? —Jeb me señaló con la pistola—. ¿No estarán aquí?

—Fue el último que estuvo en el despacho de Ann Watsum —argumentó Ostrom.

Iba a decirle: «Olvida que cuando yo llegué, ella ya estaba muerta», pero me callé; por el momento, seguía conviniéndonos que me creyeran en posesión del fichero. Mientras mantuvieran tal creencia, Daphne y yo tendríamos cierta esperanza de vivir.

—Está bien —rezongó Jeb—. Si tiene las fichas él, que las suelte de una vez. Estoy empezando ya a cansarme de este maldito asunto, la verdad.

Ostrom se volvió hacia mí.

—Muy bien —dijo—. Ahora, ¿dónde están las fichas?

Vacilé un instante.

—En el despacho de la señorita Ossobaw.

Ostrom miró a Daphne.

—¿Es cierto eso? —inquirió, receloso.

—Claro. ¿Dónde esperaba que estuvieran? —dijo ella tan campante.

Ostrom meditó unos segundos. Al cabo dijo:

—De acuerdo. Vamos a ir allí. Recuerden que los mantendremos constantemente bajo la vigilancia de nuestras pistolas. No hagan ninguna seña, no se comporten de forma sospechosa o los freiremos a tiros.

—Conforme —dije—. Pero antes de salir, quiero hacerle una pregunta.

—Si me resulta inconveniente, no se la contestaré.

—Bueno... ¿Por qué vinieron aquí? —inquirí.

—Uno de los sujetos que murieron anoche nos dijo que el jefe suyo se llamaba Painton —contestó Ostrom—. Painton, recuérdelo, lo quiso sacar a usted de paseo. Nosotros lo impedimos, si su

memoria es buena, Holter. Pero tuvo la suerte de escapársenos.

Allí había algo raro, algo que no encajaba. ¿En qué pensaba Ostrom al actuar de aquella manera? Teóricamente, Painton sólo habría podido querer mi muerte, habiéndose ya, convertido en el poseedor de aquel malhadado archivo. Pero no era así; el hombre que iba a ser mi ejecutor, había manifestado que querían matarme porque yo sabía demasiado, sin mencionar para nada, en absoluto, las malditas fichas de Ann Watsum. ¿Quién engañaba a Ostrom?

—¿Vamos? —dijo el forajido.

Miré a Daphne. Ella asintió con la mirada. Lentamente, nos dirigimos hacia la puerta.

Daphne y yo salimos en primer lugar, ella delante de mí. En el momento en que franqueábamos el umbral, me volví repentinamente.

Extendí ambos brazos y pegué un empujón a Ostrom, aprovechando que éste debía haber guardado su pistola en el bolsillo, a fin de no hacer ostentación pública del arma.

Ostrom lanzó una sonora maldición al sentirse empujado. Retrocedió un paso y tropezó con Jeb. Los dos hombres se enredaron un momento y al fin cayeron al suelo. Entonces cerré la puerta con llave.

—¡A correr, Daphne! —grité.

Ni siquiera nos entretuvimos en llamar el ascensor. Bajamos como locos por las escaleras, hasta llegar a la recepción sin aliento. El recepcionista nos miró con la sospecha de que nos habíamos vuelto locos de repente.

—El teléfono, pronto —le urgí a gritos—. Arriba hay dos asesinos peligrosos que están armados. Si consiguen escapar, se abrirán paso a tiros.

El recepcionista desapareció súbitamente de mi vista. Me incliné por encima del mostrador; se había desmayado del susto.

En vista de ello, tuve que ser yo el que usara el teléfono, llamando al sargento Pinnell. Pero cuando llegó el primer coche de patrulla dos minutos más tarde, Ostrom y Jeb se habían volatilizado.

CAPÍTULO XII

Demasiadas emociones en tan pocos días, horas estaría mejor dicho, pensé, mientras me derrumbaba sobre un sillón, en el apartamento de Painton, en tanto Pinnell y sus hombres registraban el edificio minuciosamente, sin olvidar siquiera la, caldera de la calefacción.

Daphne también aparecía cansada. Durante largo rato, permanecemos en silencio, fumando unos cigarrillos, hasta que apareció Pinnell con el signo del fracaso reflejado en su rostro.

—Parece que bajaron al primer piso y saltaron por una de las ventanas posteriores —comentó el sargento.

La cerradura del apartamento estaba violentada, demostrando con ello que el pistolero poseía una fuerza poco común. Como fuera, los dos forajidos habían conseguido escapar de nuevo.

—Seguiremos buscando —dijo Pinnell. Y se marchó.

Consulté el reloj. El tiempo se nos había pasado rápidamente y eran ya las cuatro y media de la tarde.

—Daphne, tengo hambre —dije.

—Busquemos un sitio donde comer algo, mientras meditamos lo que debemos hacer.

—Eso está bien claro —respondí—; ver a la señora Ainslee.

—Y a Fran Mendoza, alias Mark W. Painton, su futuro esposo.

—La pobre señora Ainslee se llevará un gran chasco cuando se entere de que el tal Mendoza es un forajido de la peor especie —comenté.

—Bueno —dijo Daphne fríamente—, es rica y se consolará buscando otro partido mejor.

Continuamos hablando en un restaurante cercano.

—¿Crees que Fran Mendoza está mezclado en este asunto? —preguntó Daphne.

—Si es Painton, sí, desde luego —afirmé.

—El hizo la llamada a Glenda Dahoe desde su apartamento, el que utiliza tan poco en los últimos tiempos —manifestó Daphne en tono reflexivo—. Si lo hizo para atraer la atención de la muerta, es evidente que contaba con un cómplice. ¿Quién pudo ser ése cómplice?

—Quizá el mismo Ostrom, el cual, ahora, se ve defraudado en lo que pudiéramos llamar reparto del botín 7 quiere ajustar cuentas con él —opiné.

—Es una sugerencia digna de tener en cuenta, sobre todo si pensamos en el valor de las joyas robadas; que ascendía a bastante más de los cien mil dólares.

—Por lo visto, esa cuadrilla no se quiere perder un solo centavo —dije—. Ahora bien, ¿por qué me sacaron a mí de «paseo»? Que lo hicieran ahora, puede tener un pase. Pero entonces... Claro —añadí — que dijeron que yo sabía demasiado, pero ésa, a mi juicio, es una afirmación sobradamente capciosa, buena sólo para encubrir los verdaderos motivos de mi frustrado asesinato.

Daphne jugueteó un instante con su tenedor.

—Quizá te estuvieron siguiendo todo el tiempo y vieron que entrabas y salías del apartamento de Ann Watsum.

—¿Y no vieron a los dos sujetos que me golpearon creyendo que era el secretario de aquella mujer?

—Si les interesabas tú, porque te vieron salir de casa de Glenda y te siguieron desde allí, los dos gorilas carecían de importancia para ellos.

Moví las manos un poco.

—Esto está demasiado confuso y embrollado, Daphne. Dos mujeres son muertas, a mí me sacan de paseo, Juego nos hacen prisioneros, alguien piensa que yo tengo un fichero que no tengo en realidad... Dígame con sinceridad, ¿cree usted que todo esto tiene algún sentido?

—Hablando sinceramente, no —suspiró ella—. Pero a la fuerza ha de tenerlo, Lee.

Encendí un cigarrillo. Daphne me lo cogió de inmediato.

—Tendríamos que ir a visitar a la señora Ainslee —sugerí.

—Bien, no es mala idea. ¿Qué le decimos?

Reflexioné un momento.

—Ya lo pensaremos sobre el terreno, ¿no le parece?

Hurgué en mis bolsillos, pero detuve el gesto a mitad. Daphne comprendió de inmediato y abrió el bolso, depositando un billete sobre la mesa.

—Recuérdeme que le pague dos semanas de sueldo adelantados, Lee —dijo.

Traté de sonreír.

—Así, pues, me considera como empleado fijo de la agencia.

—Bien —sonrió ella—, siempre dije que necesitaba uno por lo menos.

—Y se lo dijo precisamente al sargento Pinnell. ¿Por qué?

Daphne eludió la respuesta.

—Vámonos, Lee.

Salimos del restaurante y nos encaminamos a la mansión de la señora Ainslee, a la cual llegamos pasadas las seis de la tarde. En esta ocasión, por supuesto, no hubo ningún Ostrom para acogernos.

Una sirvienta salió a recibirnos, pasándonos a un saloncito cuando le expresamos nuestros deseos de hablar con la dueña de la casa. Nos sentamos y esperamos durante un rato.

La señora Ainslee compareció un buen cuarto de hora más tarde. Si ya en la primera ocasión nos recibió de mala gana, ahora mostraba en su cara toda una gama de sentimientos hostiles.

—Les agradecería terminasen cuanto antes —dijo secamente—. Tengo trabajo.

—Seremos breves —aseguré—. Únicamente deseamos formularle algunas preguntas con respecto a su prometido.

—¿Qué, les sucede con el señor Mendoza? Es un hombre excelente y no toleraré que nadie le cause él menor daño —exclamó en tono hiriente.

—No se lo haremos, a menos que él nos coloque en la tesitura de hacérselo —respondí llanamente.

—¿Trata de darme a entender que él puede atacarles de alguna forma? —preguntó la mujer airadamente.

—Mire usted, señora Ainslee...

En aquel momento se oyeron unas voces en el recibidor. Una de ellas pertenecía a la criada que nos había recibido. La otra era de un hombre, que protestaba enérgicamente. Súbitamente, antes de que pudiéramos intervenir, la puerta del saloncito se abrió bruscamente.

Un hombre menudo, vestido de negro, con gafas de gruesa montura de concha, penetró en la estancia, con un papel doblado en la mano.

—¿Señora Ainslee?

—Sí —contestó la mujer, poniéndose en pie, a la vez que arrojaba llamas por los ojos—. No comprendo a qué se debe esta irrupción...

—Lo siento, señora —atajó el hombrecillo sin pestañear—. Soy Thomas E. Davistohn, empleado judicial. Ésta es una citación oficial para que comparezca usted ante el juez Connor dentro de siete días exactamente, a fin de responder, como accionista mayoritaria de la Ainslee Bórax Chemical, de la suspensión de pagos de la empresa. Le ruego no me tenga en cuenta esto que estoy haciendo. Es una cosa oficial. Si no lo hago yo, lo hará otro. Gracias, señora. Eso es todo.

Davistohn recitó la parrafada de un tirón y se marchó, dejando en manos de la dueña de la casa la citación judicial.

La señora Ainslee se desplomó sobre un sillón y nunca mejor empleada la frase. Todo el orgullo y la arrogancia de que había hecho gala hasta aquel momento desaparecieron en un santiamén, aventados por el soplido de la citación judicial.

Daphne y yo nos miramos mutuamente. Ambos sabíamos lo que pensábamos cada uno. En aquellos momentos, la señora Ainslee acababa de entrar en nuestro círculo de sospechosos. Toda su apariencia de lujo no era más que una fábula; en realidad, estaba arruinada.

Pasaron unos cuantos minutos, durante los cuales reinó en la estancia un profundo silencio. Al fin, la dueña de la casa se levantó y, caminando torpemente, se acercó a un aparador, con servicio de licores. Llenó una copa y la despachó de un solo trago, con una falta de prosopopeya completamente en desacuerdo con su majestuoso aspecto externo.

Sus mejillas recobraron parte del color perdido. Volvió a mirarnos con aire de desafío.

—Bien, y ahora ya lo saben. Estoy lista. Dentro de nada, el juzgado me embargará. Me veré en la calle, tendré que buscar un empleo...

Me puse en pie.

—Señora Ainslee, sentimos infinito sus desgracias, y desearíamos sinceramente que se le arreglase todo, pero hablando estrictamente, este asunto no nos concierne. Es del señor Mendoza que vinimos a hablarle, recuérdelo.

—¿Por qué quieren ver a mi prometido? —preguntó ella, en tono resentido—. Hablaron antes de que pretendería atacarles.



—Suponemos que está mezclado en un caso de asesinato — manifestó Daphne.

La mujer miró a Daphne con gesto atravesado.

—¿Fran, un asesino? Oh, qué estupidez. Fran es de los hombres

de historieta cómica, que cuando ven que la cocinera se dispone a matar el pavo de Navidad, huye de la cocina a todo correr.

—Bueno —dije yo—, puede que huya de la cocina cuando se va a matar el pavo, pero también conocí una vez a un sujeto que lloraba profundamente cada vez que cometía una muerte. Se casó siete veces y las siete enviudó voluntariamente. Siempre compraba los pavos congelados en el supermercado —añadí con toda intención.

—Repito que Fran no es un asesino —dijo ella con energía.

—Está bien —concedí—, pasaremos por su palabra, de todas formas, si quiere cooperar con nosotros, ¿por qué no explica el que su prometido usara el nombre ficticio de Painton?

—¿Que usaba...? ¡Oh, qué solemne absurdo! Jamás oí que Fran usara otro nombre que el suyo, puedo asegurarlo rotundamente.

—Tenemos pruebas que indican todo lo contrario, señora Ainslee —aseguré.

—¿Qué clase de pruebas? —rugió ella.

—El apartamento que tenía alquilado en Crystal Avenue bajo el nombre de Mark W. Painton —dijo Daphne—. El conserje nos facilitó una descripción que corresponde plenamente al aspecto físico del señor Mendoza.

—Mi prometido no ha vivido jamás en Crystal Avenue —contradijo ella calurosamente—. Vive en Black Spring, 233. Pueden comprobarlo cuando les parezca.

Anoté la dirección mentalmente. De pronto, con acento intrascendente, lancé una pregunta.

—¿Conocía usted a la señora Glenda Dahoe?

La dueña de la casa vaciló. Fue sólo medio segundo, una pausa apenas imperceptible, pero suficiente para saber que su respuesta no era la verídica que debíamos esperar.

—No, no la conocía.

Me puse en pie otra vez.

—Creo que hemos terminado ya —manifesté—. Sentimos mucho lo que le ocurre y ojalá todas sus cosas se le arreglen cuanto antes, señora Ainslee.

—Buenas tardes —dijo ella por toda respuesta.

Una vez en el coche, Daphne y yo dialogamos brevemente.

—A mí me parece que la señora Ainslee sabe del asunto mucho más de lo que quiere dar a entender —dije.

—¿Estará encubriendo a Mendoza? Cuando una mujer pierde el seso por un hombre, es capaz de hacer las mayores tonterías. Aunque ella no haya tenido nada que ver físicamente en los asesinatos, si los cometió Mendoza, puede que trate de ayudarle de alguna manera.

—¿Y facilitarnos su dirección? Esto no resulta demasiado lógico, ¿no le parece, Daphne?

—Bien, está el teléfono para prevenirle de nuestra llegada, Lee.

—Eso es cierto —concordé—. Además, me estoy encariñando cada vez más con la idea de que ella le encubre.

—¿Por qué?

—Está arruinada, ella misma lo ha confesado. Mendoza no es tipo, a lo que parece externamente, que se case con una mujer casi diez años mayor que él si no tiene la seguridad de pescar un buen capital. Quizá ella, a falta de dinero, trate de conquistarlo por el agradecimiento.

—Es una hipótesis muy relativa, aunque digna de tenerse en cuenta —afirmó la muchacha—. Vamos a ver qué nos dice del asunto el propio Mendoza.

Moví la cabeza afirmativamente, asintiendo a la propuesta del Daphne. Media hora más tarde, nos deteníamos ante el número 33 de Black Rocks Spring.

Tratábase de una casita de un solo piso, de modesto aspecto relativamente, si se comparaba con las construcciones que estábamos habituados a ver en los últimos días. Estaba rodeada por un pequeño jardincito, separado de la acera por una valla baja pintada de blanco. Abrí la puertecita y dejé que Daphne pasara delante de mí.

La casa distaba diez metros escasamente de la acera. Cruzamos el senderito y llamamos a la puerta, situada bajo un pequeño pórtico; iluminado ya con la luz de un farol de hierro forjado.

Llamé a la puerta. Ésta se abrió unos momentos después.

Mendoza nos acogió con rostro impasible. Vestía un batín de seda y tenía las manos en los bolsillos.

—Pasen ustedes —dijo con voz opaca—. Les estaba esperando.

—Seguramente —manifesté—, la señora Ainslee le avisó de nuestra llegada.

Mendoza cerró la puerta.

—Que me avisara o no, es cosa que carece de importancia —manifestó—. Lo realmente importante es que si bien han entrado en esta casa, ya no saldrán más de ella.

Sacó del bolsillo de la bata un revólver y nos apuntó con él antes de que hubiéramos tenido tiempo de respirar siquiera.

CAPÍTULO XIII

Por segunda vez en el mismo día nos veíamos ante un arma de fuego. Pero en esta ocasión, algo me dijo que no saldríamos con bien tan fácilmente como con Ostrom y su compinche. La mano de Mendoza era tan firme como una roca y sus ojos emitían una luz que infundía pánico.

—Retírense —nos ordenó en tono bajo, pero imperativo.

—Escuche, Mendoza...

—Si vuelve a hablar sin mi permiso, le acribillo a balazos, maldito entrometido —rugió el sujeto—. Todo iba bien, hasta que se le ocurrió asomar la nariz donde no le llamaban. Siéntense allí, los dos.

Indicó un diván con la mano izquierda. Entonces reparé en que si bien la luz estaba encendida, no era tan sólo por la hora, sino porque las ventanas se hallaban herméticamente cerradas.

Daphne y yo obedecemos en silencio.

—Las manos sobre las rodillas —ordenó.

Hicimos lo que nos decía. Mendoza no bajaba el cañón de su revólver, un

Smith & Wesson

33, de calibre corto y color oscuro.

—¿Para qué vinieron a verme? —preguntó.

—Se relaciona con la muerte de Glenda Dahoe —respondí.

—No la maté yo —respondió.

—¿Tampoco a Ann Watsum?

—Tampoco.

—Pero intervino, por lo menos, en la muerte de Glenda Dahoe —apunté.

—Prefiero no contestar —denegó el sujeto.

—Entonces, que el diablo me lleve si entiendo por qué quiere matarnos.

Mendoza inclinó ligeramente el busto.

—Se lo diré claramente: porque no quiero que me desorganicen y me estropeen el mejor negocio que he tenido en muchos años.

—¿A qué negocio se refiere? —pregunté inocentemente.

—¿Acaso no se lo supone?

Medité unos segundos. Sí, me lo suponía, aunque prefería escucharlo de sus propios labios.

—Pues, no, no lo comprendo —respondí—. Dígamelo usted mismo, ¿quiere?

—Me refiero al cajoncito con las fichas, estúpido.

—Ah, de modo que lo tiene usted —dije placenteramente.

—¿Y quién otro podría tenerlo? —Mendoza emitió una dura sonrisa—. Está en mi poder desde hace días ya.

—Vaya —me recliné en el diván—, pues ya podía haberlo anunciado antes. Podía haberme ahorrado muchos disgustos. Todo el mundo anda loco buscando ese maldito fichero y golpeándome casi de continuo para pedírmelo. ¿Dónde lo tiene? Me gustaría verlo, palabra.

—Ya lo verá luego... si me apetece —contestó.

—¿Es que piensa matarnos en serio? —preguntó Daphne un tanto incongruente.

—Cuando se mata a una persona, nunca es en broma —dijo el tipo.

—Usted no ha cometido ningún asesinato hasta ahora, Mendoza. No agrave su situación matándonos estúpidamente.

El sujeto me apuntó con su pistola.

—Hice que le dieran el paseo y mis hombres fracasaron. Me alegro de que murieran, los muy estúpidos. Así no podrán delatarme.

—Uno de ellos le delató, eso lo sé yo —expresé.

—Sí, pero dio el otro nombre que yo suelo usar, Painton. Por lo tanto, el muy idiota de Ostrom no lo relacionará conmigo.

—¿Y la señora Ainslee?

Hubo una pausa de silencio. Mendoza dirigió a Daphne, que era la que acababa de formular la pregunta, una mirada llena de malevolencia.

—Deje a Ann fuera de todo esto —gruñó.

Sentí como si me aplicaran al cuerpo un cable cargado de energía eléctrica. El nombre que acababa de pronunciar Mendoza constituía toda una revelación para mí.

Tratando de disimular, dije:

—¿Ya sabe que la Ainslee Borex Chemical está en quiebra?

Mendoza volvió la mirada furiosamente hacia mí.

—¡Eso es una solemne estupidez!

—Entonces —dije complacidamente—, ¿por qué tanto interés por algo que le servirá para forrarse de dinero extorsionando a la gente? Si yo fuera a casarme con una mujer rica, no me preocuparía de buscar dinero por medios ilícitos y arriesgados, teniendo en casa todo el que necesitara, sólo con hacer cuatro arrumacos a mi esposa. ¿O es que trata de engañarnos a nosotros, engañándose a sí mismo? La señorita Ossobaw y yo estábamos delante cuando el agente del juzgado entregó la citación a la señora Ainslee. Usted lo sabe, no disimule estúpidamente.

—¿Y qué puede importarles eso a ustedes? Bien, sí, Ann está arruinada. Una mujer así —declaró con brutal franqueza—, no me interesa.

—¿Por qué no trató de conquistar a Glenda Dahoe? Se la veía muy ansiosa de abandonar su soledad.

—Nos vimos un par de veces y me despidió. No le gustaba.

—¿Y por eso la mató?

—Repito que no la maté —insistió Mendoza.

—Pero fue cómplice del crimen —alegó Daphne.

—¿Cómo podría demostrarlo usted?

—Sencillamente, por la llamada telefónica que hizo usted a la señora Dahoe momentos antes de morir ella. Está registrada en la central de Teléfonos y, además, el conserje de su apartamento de la Crystal Avenue ha reconocido que permaneció arriba cerca de una hora.

—Una llamada telefónica no significa complicidad, Holter —sostuvo Mendoza.

—Será difícil probarlo, pero se verá usted metido en un lío. La policía querrá saber por qué llamó usted a la señora Dahoe.

—Ya sabré explicarme cuando llegue el momento oportuno, momento que, por cierto, no verán ustedes.

Moví la mano derecha, abarcando el conjunto de la estancia.

—Las paredes no son muy gruesas. Los disparos se oirán desde el exterior.

Mendoza sonrió perversamente.

—La casa dispone de un sótano. Pequeño, pero a prueba de ruidos. ¿Están satisfechos, malditos fisgones?

—No del todo, puesto que usted nos va a matar, solamente por no estorbarle en un lucrativo negocio que, no obstante, comporta muchos riesgos.

—Suprimiéndoles a ustedes, anulo el mayor de todos. ¡Pónganse en pie! —ordenó Mendoza con acento que no admitía lugar a dudas.

Daphne y yo obedecemos. Mendoza estaba a cinco o seis pasos, de modo que no existía la menor posibilidad de poder desarmarlo, arrojándome contra él. Mendoza comprendió lo que pensaba yo en aquellos momentos y sonrió despreciativamente.

—Mis balas serán mucho más rápidas, Holter —aseguró.

—Muy bien —suspiré, resignado—. De todas formas, antes de que usted nos lleve al sótano, quisiera ver una cosa.

—¿Qué es? —preguntó el tipo con relucencia.

—Lo prometió antes, recuérdelo. Dijo que nos enseñaría el fichero.

Mendoza pareció considerar mi petición. Luego dijo:

—Estimo muy lógico complacer el último deseo de unos condenados a muerte. Pasen a la otra habitación.

La estancia contigua era una mezcla de comedor y cuarto de estar, decorado con sobria elegancia. En uno de los rincones había un escritorio de tino antiguo, de un vago estilo español, con varios calones. Sin dejar de apuntarnos. Mendoza retrocedió hasta el escritorio y abrió uno de los cajones con la mano izquierda.

—¿Lo ven? Mírenlo bien, empápanse a fondo, porque ésta es la última vez que enseñe el fichero de Ann Watsum a nadie.

Sobrevino un silencio denso, espeso. Al cabo de casi medio minuto, lo rompí.

—No quisiera equivocarme —manifesté—, pero en el Ejército me aseguró el oculista que poseía una vista excepcional.

—¿Y...? ¿Qué diablos tiene eso que ver con lo que estamos hablando? —barbotó Mendoza.

—Pues, simplemente, la verdad de lo que sucede, Que en ese

cajón no hay otra cosa que polvo.

* * *

Otra vez volvió el silencio, ahora de una duración casi doble al anterior. Mendoza me miró fijamente; no se atrevía a separar la vista de mi cara, temiendo que se tratara de una argucia mía para intentar salvarme.

De pronto arrojó una rápida mirada al cajón del mueble. Inmediatamente, un fiero rugido se escapó de sus labios.

Antes de que tuviera tiempo de rehacerse de la enorme sorpresa padecida, agarré la mesa que había en el centro de la estancia y la volqué hacia él con todas mis fuerzas. El borde de la mesa le golpeó en las rodillas, haciéndole lanzar un terrible aullido de dolor.

Mendoza cayó de espaldas, con las piernas aprisionadas por la mesa. El revólver se le escapó al caer y Daphne, veloz como él rayo, se apoderó del arma antes de que el sujeto tuviese tiempo de recobrarlo.

La muchacha retrocedió un par de pasos, apuntándole resueltamente con el arma.

—Una buena operación, Lee —elogió—. Ahora, busca el teléfono y llama a la policía.

Mendoza se sintió derrotado. Haciendo un esfuerzo, apartó la mesa a un lado y comenzó a friccionarse las piernas.

—No podrán hacerme nada —rezongó.

—Le acusarán de complicidad en la muerte de Glenda Dahoe —sostuvo la muchacha.

—¿Por una simple llamado telefónica? ¡Qué tonterías! —Fanfarroneó el sujeto.

—Bien —contestó Daphne—, todo eso se lo contará usted al sargento Pinnell. La llamada está registrada; usted sabrá cómo explicarlo. Y además, tendrá que aclarar también por qué tenía registrado el apartamento a nombre de Painton.

Mendoza calló en sus baladronadas. Verdaderamente, estaba derrotado.

CAPÍTULO XIV

Eran las diez de la noche cuando Daphne y yo quedamos libres y Mendoza encerrado en los calabozos de la Jefatura, acusado de complicidad en la muerte de Glenda Dahoe. Entonces, ante una buena taza de café, discutimos la situación.

—Nos hemos portado como unos estúpidos —manifesté—. Ni siquiera se nos ocurrió preguntar el nombre de la señora Ainslee.

—Lo cual significa que Glenda Dahoe, en el momento de morir, se refería a la citada y no a Ann Watsum —expresó Daphne.

—Ann Ainslee está arruinada, esto es algo que ignorábamos. Glenda Dahoe murió y fue despojada de más de cien mil dólares en joyas. El fichero de Ann Watsum ha desaparecido. ¿Te imaginas quién puede tenerlo ahora?

Daphne asintió con los ojos brillantes.

—De todas formas —dijo—, se me hace muy cuesta arriba creer que asesinara a Glenda Dahoe.

—Cuando yo le pregunté si la conocía ella vaciló unos instantes para luego negar. Esto quiere decir que no tenía deseos de ser implicada en la muerte de Glenda Dahoe.

—Pero si ella no la mató, ¿quién, entonces?

Reflexioné unos momentos.

—¿Por qué diablos tenía que conocer Mendoza la existencia del fichero de A. W.? —exclamé, empleándolas iniciales de la interfecta.

—Los gorilas de Ostrom mencionaron el secretario de A. W. —dijo Daphne.

Moví los dedos, produciendo un fuerte chasquido.

—¡Claro! ¿Quién sino ella podía saber la hora justa en que yo estaría con G. D.? Se puso de acuerdo con Mendoza y le dijo que

hiciera una llamada a la casa y la apuñaló, sabiendo que G. D. y yo estábamos completamente solos en aquellos momentos.

—Pero no supo calcular que yo podría aparecer también a la misma hora.

—Lo mismo da, puesto que tú no la viste entrar o salir. Fue cuestión de minutos tan sólo el que os cruzaseis sin veros. Por otro lado, A. W. debió volver por otro camino, en lugar de regresar a su casa por el que había traído hasta entonces, que es el que seguiste tú para llegar allí. Además, entre la llamada y nuestro primer y fugaz encuentro, transcurrió casi media hora, tiempo más que suficiente para que A. W. apuñalara a G. D. con toda tranquilidad y se llevara las joyas.

—¿Y por qué la mató? ¿Sólo por robarle las joyas?

Me aventuré a una especulación.

—Ann Ainslee, es decir, A. A., dijo que se había negado al chantaje porque la publicidad negativa que ello le hubiera supuesto les importaba un rábano. Es lógico, si se piensa que estaba arruinada. Posiblemente, G. D. debió pensar lo mismo, aconsejaba quizá por A. A.. Entonces. A. W., debió sentirse furiosa al ver que dos de sus mejores «clientes» se negaban a plegarse a sus caprichos. Por lo tanto, urdió esta trama para matar a G. D.

»Imagínate —continué—, lo que hubiera pensado su siguiente víctima cuando hubiera recibido una llamada telefónica de A. W., o de su secretario, concebida en los siguientes términos: “Si no paga tanto, haré público lo que sé de usted. Y no intente negarse, porque entonces le ocurrirá lo mismo que a Glenda Dahoe”. ¿Qué te parece, Daphne?

La muchacha analizó mis palabras.

—Según parece, A. W., no era muy aficionada al chantaje. Prefería continuar con su lucrativo y repugnante negocio.

—No olvides a Mendoza. Este pudo muy bien influenciarla para que abandonase sus primitivos propósitos.

—¿De qué manera?

—Mendoza era un sujeto que se aprovechaba de su innegable prestancia masculina. ¿Por qué A. W., iba a ser distinta a las demás mujeres?

Daphne me miró, parpadeando apresuradamente.

—Entonces está claro, Lee. A. W., mató a G. D., tanto por

escarmiento, como por apoderarse de paso de una fortunita en joyas, que luego Mendoza se encargaría de ir dando salida poco a poco.

—Después —continué—. Ann Watsum debió regresar a su cuartel general, frotándose las manos de gusto, mientras se imaginaba que la muerte de G. D. iba a parar a mis costillas. Cuando volvió, se encontraría seguramente con A. A., la cual la estranguló con un cordón de seda. Recuerda, A. A. es una mujer tremendamente fuerte y muy robusta. Para ella, ahorcar a, A. W., debió ser cuestión de juego o poco menos.

—Por favor, Lee —dijo Daphne con cierta violencia.

—Lo siento, pero es que así debieron ocurrir las cosas.

Daphne asintió.

—Naturalmente, la idea de apoderarse del fichero de A. W., debió ocurrírsele a, A. A., cuando se vio apurada de dinero. Debió decirse: «Si me han hecho un chantaje a mí, ¿por qué no hacerlo yo a las demás? No todas van a ser como yo; alguna habrá que ceda. Mala suerte la que no ceda, pero...». ¿Vas entendiendo? Se necesita mucha fuerza de voluntad para resistir a una coacción semejante y A. A., debía contar con ello.

—Todo eso está muy bien —dije—, pero no explica por qué Mendoza creía tener el fichero en su casa, cuando lo cierto es que se halla, suponemos, en poder de A. A.

Daphne levantó un ojo al cielo.

—A. A., y Mendoza eran prometidos. Mendoza tenía que estar en el fondo del asunto, por mucho que lo niegue. Sigamos especulando. Lee, se me está ocurriendo una hipótesis.

—Lo sé. Escucha: Mendoza llama a G. D., a la hora convenida. Mientras A. W. se entretiene en apuñalarla, Mendoza viene y se lleva el fichero, guardándolo en su casa. A continuación, A. W. regresa a su despacho y se encuentra con A. A.. Las dos mujeres discuten, con poca violencia al parecer, porque no había indicios de lucha. Quizá A. A. pidió participación en los «beneficios», quizá había decidido ya cometer el asesinato para apoderarse del fichero. Como sea, después de matar a, A. W., se encuentra con que el fichero ha desaparecido.

—Y como sabe que Mendoza era el compinche de la Watsum, viene aquí, aprovechando un descuido de aquél y se lo lleva a su

casa, para utilizarlo en provecho propio.

—Así debió ocurrir.

—Pero olvidemos a Ostrom, querido.

Reflexioné un momento. Había que buscar una explicación a los golpes que me habían propinado Nat y Jeb.

—Quizá actuaron por instigación de Ostrom, sin que A. A. tuviera conocimiento del hecho.

—Eso es —exclamó Daphne—. Ellos no te conocían a ti, puesto que te confundieron con Mendoza. Después, mientras tú estabas desmayado, ellos pasaron al interior en busca del fichero, encontrándose con un cadáver y sin el cajoncito. Naturalmente, callaron el asesinato; esa clase de gentes no gusta de complicaciones y posiblemente pensaron en que la policía podría llegar antes de que tú despertases.

Encargué otra taza de café.

—De modo —dije—, que este malhadado asunto ha sido una especie de juego al ratón y al gato. Todos perseguían a todos, pero a última hora, sólo una persona ha demostrado ser más lista que los demás.

—Ann Ainslee.

—Exactamente.

Daphne me miró por encima de su taza.

—Valiente, ¿te atreves a enfrentarte con ella? —me preguntó intencionadamente.

Me toqué el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo aquí el revólver de Mendoza —dije.

—Muy bien. Paga la cuenta y vámonos a ver al ogro.

—Págala tú —dije con desfachatez—. Y a ver cuándo me abonas las dos semanas de sueldo que me prometiste.

Daphne me dirigió una larga mirada.

—Lee —dijo—, ¿qué piensas hacer cuando este asunto haya terminado?

—Seguir siendo tu socio, como dijiste a, A. A., en nuestra primera entrevista.

—¿Qué clase de socio, Lee?

—Total —respondí enfáticamente.

Daphne se sonrojó. Me pareció que su respiración se alteraba un tanto.

—Debí haberte entregado a la policía el primer momento —dijo.

—Para retenerme a tu lado, no necesito otras ataduras legales que las que proporciona un certificado de matrimonio, Daphne —manifesté audazmente.

Ella se puso en pie, alisándose maquinalmente la lada.

—Consideraremos este aspecto cuando hayamos hablado con A. A. —contestó.

* * *

A. A., no estaba en casa.

—Hace un par de horas que ha salido —manifestó la criada.

—¿A dónde? —pregunté.

—No me lo dijo. No solía decir dónde pensaba ir cuando salía de casa. Lo único que sé es que salió disparada, con muchísima prisas.

Daphne y yo nos miramos mutuamente. Miré la hora; eran las once y media de la noche.

—¿A dónde diablos habrá podido ir? —murmuré.

—Anteayer estuvo todo el día fuera —dijo la doncella—. Salió muy de mañana y volvió a la noche. Por cierto, venía muy cansada y llena de polvo blanco, como si hubiese estado rodando por las carreteras del desierto.

—¿Las carreteras del desierto? —exclamé, atónito.

—Así me lo pareció a mí. Henry, el jardinero, dijo que el coche había venido hecho una porquería. Lo limpió a conciencia, cambió un par de ruedas...

—¿Quiere enseñarnos el garaje, por favor?

—Con mucho gusto —dijo la sirvienta.

Momentos después, estábamos en el garaje. Había dos ruedas de automóvil apartadas a un lado, las cuajes tenían aún el polvo adherido a lo largo de centenares de millas de desierto.

Tomé un poco de polvo con el dedo y lo examiné críticamente durante unos momentos.

—A. A. llevó el fichero al desierto, a fin de guardarlo durante una temporada, hasta que la tormenta se calmase —dije—. Después han sucedido varias cosas que han precipitado los acontecimientos, entre ellas, la demanda por quiebra de la Ainslee Bórax Chemical y la detención de Mendoza, cosa ésta que ha sido emitida en los

boletines radiales de noticias. Entonces, A. A., ha juzgado prudente desaparecer cuanto antes, pero no sin llevarse el, para ella, precioso fichero que un día puede servirle para fines poco claros.

—Sí, es cierto —concordó Daphne—, pero ¿por qué se lo llevó al desierto?

—Porque es el sitio más cómodo para esconderlo —contesté.

—El desierto es muy grande —opinó la muchacha.

—Pero yo conozco el sitio justo donde A. A., ha escondido el fichero.

—¿Qué sitio es éste?

—Recuerda, detective: A. A., era la principal accionista de una compañía dedicada a la extracción de Bórax. Y, en California, ¿dónde están los principales yacimientos de ese mineral?

Daphne se estremeció vivamente.

—Es un lugar infernal, Lee —dijo.

—Justamente —respondí—. Todo el mundo lo dice así. No hay otro lugar que más se parezca al infierno, un sitio donde las temperaturas alcanzan a la sombra cincuenta centígrados y donde un hombre puede morir deshidratado en cuestión de horas si se extravía. Me refiero, naturalmente, al Valle de la Muerte.

CAPÍTULO XV

Dejando atrás Anaheim, nos lanzamos en dirección Este hacia Corona, adonde llegamos menos de una hora después de haber salido. Eran entonces las doce y media de la noche y para llegar al Valle de la Muerte nos faltaban todavía más de trescientos kilómetros.

A la salida de Corona tuvimos que hacer un alto en una estación de servicio. Mientras el mecánico repostaba el coche, Daphne y yo tomamos un par de tazas de café. Luego, el mismo barman me suministró un par de botellas de agua. En el desierto se puede estar sin comer, pero no sin beber. Quien quebrante esta regla, es hombre muerto en veinticuatro horas. Además, eché también al asiento posterior un termo lleno de café caliente; debíamos sostenernos a cualquier preciso durante las horas siguientes.

Quince minutos más tarde, abandonábamos Corona a toda velocidad. Ahora, nuestra dirección era ligeramente hacia el NE.

Dejamos atrás Riverside y Colton y alrededor de las dos menos cuarto llegamos a San Bernardino, localidad que cruzamos sin detenernos. Entonces viramos hacia el Norte, siguiendo la carretera que conduce a Barstow, en pleno desierto de Mojave. La luna, brillando fríamente en un cielo sin nubes, iluminaba esplendorosamente el pico de San Antonio, irguiéndose sobre la árida llanura a más de tres mil metros.

En línea recta, la distancia que hay entre San Bernardino y Barstow es de cien kilómetros que, teóricamente, debieran haber sido cubiertos en una hora. En la realidad, la distancia es casi un cincuenta por ciento más, debido a las numerosas curvas que hace la carretera al ascender desde una cota próxima al nivel del mar a otra que oscila constantemente entre los quinientos y mil metros.

Esto, como puede suponerse, redujo también la velocidad de nuestra marcha.

Daphne reclinó la cabeza en el asiento y se durmió, mientras yo seguía aferrado firmemente al volante, manteniendo la velocidad al mayor régimen posible, esforzándome en recordar que A. A., nos llevaba casi dos horas de ventaja.

A las cuatro y cuarto llegamos a Barstow. Detuve el coche a la entrada, en una estación de servicio. El mecánico de noche acudió inmediatamente.

—Sólo deseo que compruebe la presión de los neumáticos — dije.

—Muy bien, señor —contestó el hombre.

—Espere —dije—. Deseo que me de un informe.

Abrí el bolso de Daphne y saqué un billete de a cinco.

—Quiero saber si pasó, hará unas dos horas, un coche conducido por una mujer sola. Tiene cuarenta y pico de años, cabellos cobrizos y es fuerte y robusta.

El mecánico sonrió.

—Sí, pasó alrededor de la una y media. Quizá las tías menos cuarto. Es curioso —añadió.

—¿Qué encuentra usted de curioso en este asunto, amigo?

—Es usted la segunda persona que me pregunta por esa mujer. Hace veinte minutos pasaron dos sujetos en un coche y me formularon una pregunta análoga. —Agitó el billete—. No se mostraron tan generosos como usted, amigo.

—¡Dos tipos! —exclamé. Hice una somera descripción de Ostrom y su cómplice.

—Sí, los mismos —contestó el mecánico—. Como digo, pasaron hace unos veinte minutos. Bueno, voy a ver cómo están las gomas.

Daphne despertó en aquellos momentos.

—¿Por qué te has parado, Lee? —preguntó con acento soñoliento.

—A. A., pasó por aquí a la una y media o dos menos cuarto —respondí, mientras echaba un vistazo al reloj—. Y Ostrom y su gorila pasaron a las cuatro, aproximadamente.

El sueño huyó al instante de los ojos de la joven.

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó, irguiéndose en el asiento.

—Me remito a los informes que acaba de darme el mecánico.

Oye, preciosa, s rveme un poco de café,  quieres?

Daphne trajo el termo. Mientras el mecánico revisaba las gomas, bebimos un vaso de café. Luego encendimos sendos cigarrillos.

El mecánico vino un minuto más tarde.

—La goma trasera izquierda estaba un poco floja. Ahora todas est n bien.

—Gracias, amigo —dije, dando el contacto de nuevo.

—A usted, señor.

Minutos más tarde, nos hallábamos de nuevo en el desierto. Hund  a fondo el acelerador, era una verdadera carrera contra el reloj la que estábamos desarrollando.

El automóvil devoraba los kilómetros continuamente. Bajo la luz de la luna, el desierto adoptaba configuraciones espectrales. De cuando en cuando, nos cruzábamos con algún pesado cam n de carga que se dirigió al Pacífico. Adelant bamos a la mayoría de los coches, aunque salvo los vehículos de carga, la circulación era nula, o poco menos, a semejantes horas.

Después de Barstow, la carretera empezó a descender. Rodamos a una media de cien kilómetros hasta hallamos, a las cinco menos cuarto, en las inmediaciones de Soda Lake. Entonces nos salió al paso un desvío hacia el norte.

Hice girar el volante y met  el automóvil por aquella carretera. Ahora debíamos cubrir el último tramo que nos separaba del Valle de la Muerte.

Lenta, pero inexorablemente, el tiempo iba pasando sin cesar. Daphne había perdido el sueño, después de las noticias que habíamos recibido y se mantenía a mi lado en continua tensión, tratando de escrutar las tinieblas con la vista. A las cinco y media penetramos en lo que el Servicio de Parques considera como Monumento Nacional, es decir, en los límites mismos del Valle de la Muerte.

—Saca el mapa y dime si vamos bien —dije al cabo de unos minutos.

Hacia el Este veíamos ya la accidentada silueta de los Montes Amargosa. Pronto amanecer a.

—Tienes que seguir durante veinte kilómetros más y luego tomar un desvío hacia tu izquierda.

Los veinte kilómetros citados fueron recorridos en quince

minutos. Cuando alcanzamos el desvío había ya bastante luz para que pudiéramos ver el cartel indicador sin necesidad de lámparas auxiliares. El cartel tenía forma de flecha.

AINSLEE BORAX CHEMICAL, INC.

A 1,5 millas.

El camino era infame y polvoriento. Ahora podíamos ver el Valle de la Muerte con toda claridad, un paisaje lunar, desolado, donde ni las serpientes pueden vivir, donde basta poner al mediodía una simple plancha de metal para que a los cinco minutos puedan freírse los huevos con toda facilidad. En línea recta, la distancia que nos separaba del Pico del Telescopio, era de unos veinticinco kilómetros. En este corto espacio, las diferencias del nivel son tremendas; desde los tres mil cuatrocientos metros hasta los ochenta y cinco bajo el nivel del mar.

Antiguamente, el Bórax que se extraía de las minas era transportado en enormes carromatos tirados por reatas de diez parejas de mulas. Eso pasó a la historia ya hace mucho tiempo, con la mecanización actual. Pero ni antes ni ahora ha sido agradable trabajar en una mina de Bórax, ni mucho menos en un paraje tan desolado como es el Valle de la Muerte.

Recorrimos la última milla y media con relativa lentitud. El camino serpenteaba por entre las blancas colinas que forman la base de las estribaciones de los Montes Panamint, las cuales, con la salida del sol, tenían un tinte rosado, indescriptible. Llenas de estrías y grietas, parecían el producto de la calenturienta imaginación de un escultor abstracto dado al alcohol.

De pronto, al revolver una curva, divisamos las instalaciones de la mina. Frené bruscamente y luego, procurando no hacer ruido, retrocedí unos metros, a fin de evitar que el coche fuera advertido desde la mina. Entonces salté al suelo.

Saqué el revólver que arrebatara a Mendoza. Daphne se me unió de inmediato con una pistola de cañón un tanto alargado.

—Debieras quedarte aquí —dije.

—Olvidalo —contestó—. Después de lo que he trabajado, no voy a perderme el acto final del drama.

—Cuidado no te caiga el telón encima de la cabeza. Podría cortártela —advertí.

Asomé la cabeza un momento y estudié el terreno. Había dos o tres barracones grandes, seguramente almacenes de mineral, y otro más pequeño, destinado a oficina, así como un par de cobertizos, uno de los cuales contenía el motor del grupo electrógeno, y un gran tanque de agua sostenido por gruesos pilotes de madera.

Delante del barracón pequeño había dos automóviles, ambos blancos de polvo. Uno de ellos tenía las ruedas bajas; más tarde vimos que habían sido deshinchadas a balazos.

El lugar parecía desierto. Reinaba un silencio absoluto, total, deprimente. La distancia al barracón era de unos treinta metros, que era preciso recorrer a pecha descubierto, como quien dice.

—Bueno, vamos allá. —No podíamos permanecer eternamente quietos en aquel lugar.

Atravesamos el espacio llano a la carrera, procurando no hacer ruido, y nos escondimos detrás de uno de los coches. Esperamos un minuto.

Al cabo de ese tiempo, me arriesgué a acercarme al barracón. Había dos ventanas, cuyos cristales estaban llenos de polvo. Asomé los ojos por encima del alféizar de una de ellas y lo que vi me quitó la respiración.

Ann Ainslee estaba atada a una silla, mirando con expresión de furia al hombre que se hallaba a unos pasos de distancia, junto a una mesa, encima de la cual vimos una serie de objetos que nos dejaron estupefactos.

El fichero estaba allí. Había también una cajita cuadrada, metálica, abierta, en cuyo interior divisamos un numeroso grupo de fajos de billetes, cuidadosamente engomados. Al lado había un saquito de piel, repleto de algo que nos parecieron joyas.

—Fue una suerte para nosotros que se le estropeará el motor del coche —dijo Ostrom de pronto, con una sonrisa cínica en sus labios.

—Está bien —dijo ella—. Ya tiene el botín en su poder. ¿Qué es lo que piensan hacer ahora conmigo?

—¿No se lo imagina? Durante años y años he estado esperando una ocasión semejante, señora Ainslee, soportando continuamente sus desdenes, sus reproches y su fabuloso y autoritario egoísmo. Sabía que esta maldita mina era un negocio ruinoso, tanto por lo

mal administrada que estaba, como por las continuas subtracciones de dinero que usted hacía, a fin de precaverse para el día en que estallara todo. No me hubiera importado nada, si usted hubiera accedido a mis pretensiones —el acento de Ostrom se hizo chirriante y áspero de pronto—. Pero los prefería jóvenes y gallardos, como ese maldito imbécil de Mendoza, ¿no es cierto?

Ella apretó los labios sin contestar. Ostrom movió la cabeza.

—Bueno, ahora ya todo me da igual —confesó—. Lo siento, Ann, pero tengo que liquidarla.

—No se atreverá —rugió ella.

—¿Qué no? —Con pasmosa sangre fría, Ostrom empezó a empaquetar todo—. Ahora no viene nadie a la mina; pasarán semanas enteras antes de que descubran su cadáver. Para entonces, estaremos ya muy lejos de aquí.

Ostrom envolvió el fichero en un grueso papel y lo ató con una cuerda. Cerró la cajita de metal y ató fuertemente la boca del saquito de las joyas.

—Entre unas cosas y otras, hay aquí medio millón —rió alegremente, mientras echaba todo en un saco algo mayor.

Daphne y yo nos miramos. Era preciso contener a toda costa las intenciones de aquel sádico individuo. La pistola estaba sobre la mesa; era pues, el momento ideal para intervenir.

Entonces, la voz de Jeb, el gorila, sonó suavemente detrás de nosotros.

—Dejen caer las armas, por favor.

* * *

El tono de voz de Jeb era lo suficientemente insidioso como para no comprender que debíamos obedecer en el acto. Abrí les dedos y el revólver cayó al polvo.

La pistola de Daphne siguió el mismo camino.

—Enderécense y pongan las menos en alto.

Así lo hicimos, quedando con medio cuerpo por encima del antepecho. Entonces, Jeb dijo:

—Jefe, ¿qué le parece mi caza?

Ostrom volvió la cabeza al instante. Sus ojos fulguraron de rabia al vernos allí. Agarró la pistola y nos apuntó con ella.

—¿Qué hacen aquí? —vociferó.

Traté de dominar el temblorcillo de mis piernas.

—Estábamos admirando las bellezas naturales del Valle de la Muerte —dije.

—Ahora se quedarán aquí para siempre —masculló el forajido, quien, por lo visto, carecía en absoluto del sentido del humor.

—¿Los mato, jefe? —preguntó Jeb.

Ostrom vaciló. Hasta para un sujeto tan empedernido como él resultaba demasiado fuerte ordenar dos asesinatos a sangre fría. Antes de que pudiera dar una respuesta, escuchamos un fuerte estallido.

Ann Ainslee poseía una fuerza descomunal. Debía haber estado trabajando en ello desde hacía mucho rato. Las cuerdas que la sujetaba a la silla saltaron con violencia. Y ella, lanzando un grito inhumano, se arrojó a la garganta de Ostrom con las manos extendidas.

El gesto de A. A., encontró a Ostrom completamente desprevénido. Las manos de la mujer lograron aferrarse a su cuello. Entonces sonó un disparo.

La mujer retrocedió bruscamente. Una mancha roja apareció en su pecho, bajo los senos. Su rostro adquirió en un segundo un tinte ceniciento. De pronto abrió los brazos y emitió una queja aguda. Giró rápidamente sobre sí misma y se desplomó al suelo.

Era cuestión de aprovechar la ocasión que se nos ofrecía. Pegué un fuerte empujón a Jeb y el gorila salió despedido unos cuantos pasos, vacilando aparatosamente. El revólver cayó de sus dedos.

Me agaché rápidamente y agarré un arma. Jeb se había recobrado y saltaba sobre mí, dispuesto a aniquilarme. Era cuestión de vida o muerte. Apreté el gatillo.

Salió un chorro de líquido, que despedía un olor dulzón y mareante, que fue a dar de lleno en el rostro de Jeb. El maleante se puso tieso como un poste, boqueó un par de veces y luego cayó al suelo como fulminado por un rayo.

Me quedé absorto, como idiotizado por lo que acababa de suceder, comprendiendo vagamente que el líquido qué había salido de la boca de la pistola era un poderoso anestésico. Con gesto torpe, miró a Daphne.

En el mismo instante, algo se estrelló contra la pared del

barracón con terrible fuerza, a la vez que sonaba un estampido. Daphne lanzó un agudo chillido.

—¡Al suelo! —grité, dando el ejemplo.

Aprovechando nuestra distracción, Ostrom había salido de la casa y corría hacia el coche, sin dejar de disparar el arma contra nosotros. Busqué el revólver de Mendoza, pero estaba a tres o cuatro pasos de distancia y no lo podría alcanzar mientras el sujeto continuase tiroteándonos.

Ostrom consiguió poner el coche en marcha y arrancó, en el mismo momento en que un *jeep* pintado de naranja y negro desembocaba en la explanada. Dentro del «*jeep*» había dos hombres de uniforme, con grandes sombreros de copa picuda y ala ancha y plana.

El Valle es vigilado y recorrido continuamente por patrullas de vigilantes, cuya misión es evitar que se pierdan los turistas por un lugar donde la muerte acecha en cada rincón. De no ser por dichas patrullas, el número de muertes que se produciría al cabo del año sería muy elevado. Ellos lo evitan con su constante vigilancia.

Ostrom se dio cuenta de que tenía el paso cerrado, abrió la portezuela y saltó al suelo, tratando de echar a correr, mientras disparaba contra los policías. Éstos se guarecieron detrás del *jeep* y abrieron el fuego.

El asesino corrió velozmente en busca de un refugio, sin hacer caso a las intimaciones que le dirigían los vigilantes. De pronto pareció chocar contra un muro invisible.

Se detuvo casi en seco, como herido por un rayo. Vaciló un momento, dejando caer al suelo el saco con el botín. Luego, muy despacio, dobló las rodillas y se venció hacia adelante, hasta hundir la cara en el polvo.

Me puse en pie, levantando las manos.

—¡Eh, no tiren! —grité.

Los vigilantes se acercaron con las pistolas en la mano. Uno de ellos ostentaba las divisas de sargento.

—¿Señorita Ossobaw? ¿Señor Kolter? —preguntó, y ante nuestras respuestas afirmativas, dijo—: Soy el sargento Manson, de las patrullas de vigilancia del Valle de la Muerte. Éste es el agente Doberley.

—Su llegada no ha podido ser más oportuna, sargento —dije.

Doberley se dirigió hacia donde yacía Ostrom, completamente inmóvil en el suelo. Manson dijo:

—Recibimos un mensaje de la policía de Santa Benita, diciendo que podían hallarse ustedes en un apuro.

—Simpático Pin —murmuró Daphne complacidamente.

Jeb rebulló en aquellos momentos.

—Está solamente anestesiado —manifesté.

Manson le colocó las esposas. La sorpresa de Jeb al despertar y verse amanillado resultó mayúscula.

—Ostrom mató a la señora Ainslee —manifesté—. Está ahí adentro.

Dimos la vuelta y penetramos en el barracón. Manson se arrodilló junto a Ann Ainslee y le tomó el pulso. Meneó la cabeza significativamente.

—Murió casi en el acto —dijo.

Doberley entró en aquel momento con un saco en la mano. Dije:

—Eso que hay ahí dentro vale casi medio millón. Déjemelo un momento.

Doberley me entregó el saco, que abrí en el acto, buscando el fichero. Luego hurgué en la habitación hasta dar con una lata de petróleo.

Salí afuera con la lata de petróleo y el fichero. Dejé éste en el suelo, desenrosqué el tapón de la lata y vertí parte del contenido sobre las malditas fichas. Luego lancé una cerilla encendida sobre el combustible, que se inflamó de inmediato.

Miré a Daphne.

—Es lo mejor que podías haber hecho, querido —dijo aprobatoriamente.

Manson se quejó.

—El sargento Pinnell se enfadará cuando lo sepa.

—Nosotros asumimos toda la responsabilidad, sargento —manifestó la muchacha.

Mientras los policías se ocupaban de Jeb y de los cadáveres, Daphne y yo quedamos solos.

—Quiero que me digas una cosa —expresé.

—¿Sí?

—¿Por qué trenes tanta confianza con Pinnell? ¿Qué es él para ti?

Ella sonrió maliciosamente.

—¿Celoso?

—Deseo saber la verdad, es todo —gruñí.

—Bien, Pin es el marido de mi hermana Joan y no tengo otra cosa que decirte, salvo que cuando se me ocurrió la idea de montar la agencia de información me encomendó el trabajo de vigilar a, A. W.. Sospechaban que pudiera lanzarse un día u otro al chantaje, cosa que había hecho ya.

Dejé caer los brazos, desalentado.

—¡De modo que me voy a convertir en el cuñado de un policía!

—Bien —titubeó ella—, no lo asegures tanto. A fin de cuentas, nos conocemos desde hace menos de una semana. No estoy segura de que seas el marido ideal para mí.

—Bueno, podemos hacer la prueba —sugerí—. Por un tiempo de cincuenta años. ¿Hace, socia?

Ella me echó los brazos al cuello, sonriendo luminosamente.

—O. K, socio.

Y nos besamos.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.